UN EXTRAÑO MAL
PAUL DE GROSBOIS



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Life is a tragedy for those who feel;
life is a comedy for those who think.

(La vida es una tragedia
para aquellos que sienten;
la vida es una comedia
para aquellos que piensan.)

CAPÍTULO 1
El cuchillazo

En el restaurante Hugo's, Francisco Lavanderos tarareaba lavando una lechuga; estaba, como siempre, de buen humor y estrujaba vigorosamente las hojas tiernas y crujientes de los primeros días del verano.

De tanto en tanto daba una miradita al reloj y luego al comedor, a donde los clientes empezaban a llegar en gran cantidad. Ruido de cubos de hielo en los vasos anunciaba el primer servicio.

Francisco repartió luego las verdes hojas de lechuga en una docena de platos y agregó, aquí y allá, algunas rodajas delgadas de pepino y rabanitos, coronando esas apetitosas verduras con pequeñas cantidades de alfalfa. Aquello despertaba el apetito.

-¡Salen doce ensaladas! -gritó Francisco, interrumpiendo su cancioncilla.

En el fondo de la cocina, Hugo Marín levantó la vista y sonrió con satisfacción; al gordinflón y bigotudo chef le agradaba sobremanera la sensación febril que se apoderaba del personal a la hora de apertura. Para él, ésa era la señal de una tarde vivaz y llena de ganancias.

Treinta minutos antes, Hugo Marín había empezado a aliñar las carnes, preparar sus salsas y sazonar sus cremas. De ellas emanaban fragancias que, incitantes, atravesaban el restaurante y llegaban a los transeúntes.

Una mesera entró con agilidad a la cocina, agarró dos platos de ensalada y salió rápida-mente al comedor, dando la señal de partida:

-¡Vamos, vamos! ¡Empezamos!

Francisco preparaba ahora los pequeños cestos con el pan caliente, mordiendo la corteza de uno de ellos. Iba cubriendo, meticulosamente, cada uno con una servilleta cuadriculada en rojo y blanco.

-Cigoto, ven a ayudarme -le pidió a su compañero, que trabajaba un poco más allá.

El muchacho dejó a un lado las zanahorias que estaba pelando, se acercó a Francisco y, sin decir una palabra, tomó las rebanadas de mantequilla y las dispuso en platillos previa-mente enfriados.

El muchacho tenía aspecto enfermizo y un rostro tan pálido como su delantal; trabajaba lentamente, pero con aplicación. Era el único motivo por el cual Hugo lo mantenía en su restaurante.

Francisco había insistido para que su jefe contratara a Erik Villarroel, a quien todos apodaban Cigoto. "Ponlo a prueba algunas semanas, Hugo... Verás que sí funciona."

Hasta ahora, nada se le podía reprochar a Cigoto, salvo su falta de entusiasmo y su silencio. No hablaba jamás, sólo ejecutaba. "Me desespera con sus malditos anteojos", había dicho una vez el chef y propietario, en uno de sus alardes de impaciencia. Francisco Lavanderos soltó una risotada al escuchar semejante comentario.

-Reconócelo -matizó Hugo-, ¡no es normal usar todo el tiempo anteojos oscuros en una cocina tan mal iluminada!

Francisco no dejaba de sonreír e, incluso siendo mucho más joven que su patrón, se sentía muy bien trabajando con él, sin que le incomodara expresarle, en algunas

ocasiones, su desacuerdo. El chef proseguía con su larga explicación:

-Una noche lo vi salir de aquí, era casi medianoche, estaba oscuro como boca de lobo. Conservó puestos sus anteojos y continuó su camino como si estuviéramos en pleno día, como un verdadero gato. No logro entender qué le pasa.

-Está enfermo -dijo Francisco-, tú lo sabes y ése es asunto suyo; el tuyo es que los tomates estén bien rebanados.

Cigoto nunca asistía a esas discusiones que sostenían sobre su persona, pero bien sabía que el chef desconfiaba de él. El muchacho temía que las miradas cargadas de sospecha que le dirigía el cocinero escondieran en realidad una feroz agresividad.

-Córtame un poco de pan, por favor -le pidió Francisco, visiblemente atareado.

Cigoto tomó un largo cuchillo dentado v lo colocó sobre la tabla de cortar. Se puso los gruesos guantes de cocina, sacó del horno dos hogazas de pan y las dispuso al lado del instrumento.

Luego de un instante, hizo un gesto que hizo subir en un grado la tensión en la ya hiperactiva cocina. Cigoto empuñó el filoso cuchillo y, en vez de utilizarlo, lo dirigió hacia el techo; miraba fija e intensamente el objeto, como si quisiera admirar los reflejos de la luz sobre la hoja centelleante.

Francisco estaba depositando los corazones de alcachofas sobre las hojas de lechuga, cuando se dio cuenta de lo que hacía su compañero. Dejó de canturrear.

Entretanto, alertado por esa súbita interrupción, Hugo se volvió hacia Cigoto y vio, al igual que Francisco, el curioso comportamiento del muchacho. Cigoto enfilaba ahora la punta del cuchillo hacia su rostro, parecía hipnotizado por el objeto.

Francisco miró a Hugo, quien, con la boca abierta y conteniendo el aliento, revolvía maquinalmente su crema de verduras con un gran cucharón y seguía la escena con cierta aprensión.

-¿Estás bien? -le preguntó Francisco, en el tono más neutro y calmado que pudo.

-Sí, todo está bien -respondió Cigoto, bajando suavemente el objeto y depositándolo sobre la tabla de cortar-. La hoja está torcida -agregó enseguida, enterrando brutalmente el cuchillo en pleno centro de la hogaza de pan.

Hubo un silencio que duró largos segundos. Luego, cuando cada cual prosiguió su trabajo, la atmósfera se aligeró y poco a poco el ir y venir de las meseras cada vez más activas empezó a reavivar la cocina y a acelerar el ritmo. Francisco comenzó a decorar los platos que le habían ordenado y a entonar una nueva canción.

Cigoto salió de la cocina llevando una bandeja repleta de tazas y platillos, para ponerla cerca de la cafetera instalada en el comedor. Poco después, un ruido estrepitoso hizo sobresaltar a todos los clientes; el muchacho acababa de dejar caer una pieza de vajilla sobre un tiesto lleno de utensilios.

Regresó rápidamente a la cocina, cabizbajo, tratando de disimular en su mano izquierda el platillo quebrado. Se fue hasta el basurero y 10 tiró, alzando los hombros en señal de que no lo había hecho a propósito.

Hugo vigilaba la cocción de su carne en la parrilla, repitiendo para sí mismo: «¡Me desespera, me de-ses-pe-ra!». Francisco, siempre perspicaz, pasó detrás de él y colocó un gran plato de humeante lasaña sobre la placa recalentadora, friccionando, al mismo tiempo, la tensa nuca del cocinero durante algunos segundos.

-¡Tranquilo, niño! -le dijo al oído antes de alejarse con un inmenso pastel Selva Negra, que hacía enloquecer a los clientes.

* * *

En el comedor, la animación estaba en su punto máximo. Un grupo de alegres amigos festejaba bulliciosamente un cumpleaños y las melodías populares se sucedían sin interrupción, aunque no siempre cantaban todos el mismo coro.

Más allá, un grupo de turistas norteamericanos ocupaba tres mesas repletas tanto de botellas de cerveza como de platillos. Hablaban fuerte, como si quisieran imponer su ruido al alboroto de los jóvenes que celebraban. Por un instante, hubiera parecido que estaban en una cantina llena de marineros en día libre.

Sentadas en un rincón del comedor, apartadas, estaban Josefina Andrade e Isabel Pastenes, observando los desplazamientos graciosos y casi mágicos de las dos meseras que, con rapidez y cortesía y a pesar del ruido, lograban servir a todos los clientes.

Josefina miró su reloj. Debía irse dentro de poco; a las 18:00 horas empezaba su turno en la nevería de enfrente. No había ninguna duda de que la tarde calurosa atraería a numerosos clientes, por lo que gozaba de la comodidad de su silla hasta el último minuto. De cuando en cuando, echaba una miradita a la cocina, de donde parecían emerger más vibraciones que de costumbre.

A su lado, Isabel tenía pocas ganas de hablar. Venía del diario Primera Plana y se sentía deshecha. En principio estaba contenta de haber abandonado su puesto como reportera en periodo de práctica, pero ahora se daba cuenta de todo el tiempo que debía invertir en su nuevo trabajo de verano. ¡No tenía ninguna relación con el periodismo estudiantil practicado durante el año escolar!

Isabel paladeaba su té, mientras pensaba también en abandonar aquel lugar. Había demasiado ruido en el restaurante y, evidentemente, no podría hablar con Francisco. Con tal afluencia de clientes, seguramente él no tendría tiempo para pensar en ella. No importaba, se iría a dormir sin verlo. «Mañana no tiene que venir a trabajar», pensó.

-Ah, mira quién viene -dijo Josefina, señalando con el mentón.

-El cerebrito en persona -pronunció con ironía Isabel al advertir la presencia de Luis Balladares, un profesor de biología de la preparatoria.

- Ojalá que el verano lo calme un poco, parece que los estudiantes no lograron entenderle nada este semestre... Cree que está en la Universidad.

-Tal vez ha querido imponerse frente a sus alumnos -insinuó Isabel-. Como llegó este año, ha de haber sentido miedo y, sin duda alguna, querría impresionar a sus colegas, hacerles ver que las prepas de provincia son tan avanzadas como en las grandes ciudades. Se le pasará... Bueno, eso espero.

-Lástima que sea tan severo -agregó Josefina, con aire soñador-, porque es realmente guapo.

Luis Balladares las vio, vaciló en ir a saludarlas y se dirigió finalmente a la cocina.

-Va a ver al Gordillo -dijo Josefina, despechada.

-¿Al qué? -preguntó Isabel.

-Al Gordillo -repitió Josefina-. Hugo Marín es un Gordillo, ¿no conoces a Elvis Gordillo?

Isabel hizo una mueca en señal de ignorancia y Josefina le dio una rápida clase sobre el actorcillo de cine que tan cómicamente asociaba al chef de la cocina.

-Elvis Gordillo es un tipo bastante grosero y un poco inocentón, que desde que

ganó un concurso de imitadores de Elvis Presley se cree estrella de cine, con derecho a hacer cualquier cosa. Está lleno de prejuicios y malos modales: es un perfecto macho.

-Pero Hugo no es así, estás exagerando. Se apresura a veces en juzgar, pero sabe comportarse. Además, es un excelente cocinero.

-Y Elvis Gordillo es a lo mejor un buen mecánico -replicó Josefina-. Ese Hugo Marín tiene algo en contra de Cigoto, lo regaña todo el tiempo sin razón.

-¿Por qué le dicen Cigoto si se llama Erik? Josefina trató de dibujarle el retrato de ese raro personaje que era Erik Villarroel.

Había salido del hospital en enero y estaba inscrito en la prepa, pero no había podido seguir más que una sola asignatura por su precario estado de salud. Hacía años que iba de un hospital a otro, de ciudad en ciudad, sin que nadie pudiera diagnosticar con certeza la enfermedad que sufría y sin que pudieran encontrarle una solución. Sin embargo y a pesar de su enfermedad, Cigoto decía que tenía intención de terminar su curso en la preparatoria. Era el quinto o sexto plantel que frecuentaba.

-Francisco me ha hablado un poco acerca de él -dijo Isabel-. Pero es el sobrenombre lo que me intriga.

-De eso justamente te iba a hablar

-prosiguió Josefina.

En ese preciso instante se abrió la puerta de la cocina y vieron salir al profesor Luis Balladares. Esta vez no miró al rincón en donde estaban las dos estudiantes y se dirigió directamente a la salida, sin tomar en cuenta las insistentes miradas de Josefina, que no apartaba los ojos de él.

-Tan lindo como es, debe ser homosexual

-suspiró Josefina.

-En juicios apresurados no andas mal, querida. ¡Eres una verdadera Gordillo! -exclamó Isabel, escandalizada.

Josefina enrojeció y ocultó la sonrisa en su vaso. Iba a proseguir su explicación cuando una voz la interrumpió, antes de que pudiera seguir hablando.

-¡Hola, hola!

Era Francisco. Se acercó a Isabel y la abrazó discretamente; su delantal manchado y la presencia de los clientes lo inducían a una cierta prudencia.

Menos flemática, Isabel pasó el brazo al-rededor del cuello de Francisco, lo atrajo hacia ella y lo estrechó calurosamente.

-Bueno, los dejo con su romance -dijo Josefina-. Me voy a refrescar los estómagos del vecindario.

-¿Y Cigoto? -inquirió Isabel.

-Ya no tengo tiempo, tu cariñito te lo explicará mejor que yo. Hasta luego, muchachos, nos vemos.

Josefina dio media vuelta, cruzó el comedor a paso rápido y salió del restaurante. Iba a atravesar la calle, cuando vio a Luis Balladares en el teléfono público que estaba adosado al muro del edificio. Lo saludó y se coló entre dos carros estacionados. El biólogo la observó durante algunos segundos y entró de nuevo al establecimiento.

En la mesa del fondo estaba todavía Isabel Pastenes, sola. Francisco había terminado su corto descanso y estaba otra vez en la cocina. La muchacha pensaba en el baño caliente que tomaría, cuando vio aparecer, justo delante de ella, al febril profesor.

-¿Puedo sentarme un momento, señorita Pastenes? -preguntó Balladares.

Isabel, que no pensaba en otra cosa que en irse a descansar, respondió, a pesar suyo, con un gesto afirmativo, indicando una silla libre. El profesor se sentó frente a

ella e inició una conversación anodina sobre las vacaciones.

Al cabo de unos minutos, la aprendiza de reportera decidió abandonar al biólogo, a quien empezaba, no obstante, a encontrar simpático. Luis Balladares, entendiendo el cansancio de ella, no abundó en formalismos y, sin insistir, aceptó continuar la plática en otra ocasión. Luego aprovechó la presencia de la mesera, que venía con la cuenta de Isabel, y le pidió un café.

Mientras tanto, en la nevería de enfrente, portando una boina reglamentaria que encontraba francamente ridícula, Josefina comenzaba su turno de trabajo. Los clientes se acercaban al mostrador, consultaban las apetitosas fotografías de los carteles y pedían enormes y deliciosos postres.

Cuando entregaba el cambio a uno de los clientes de la nevería, vio aproximarse una ambulancia y, para su sorpresa, vio al vehículo de las potentes sirenas detenerse brusca-mente frente al Hugo's.

Josefina observó a un hombre y una mujer bajarse a toda prisa de la ambulancia y precipitarse a las escaleras que conducían al restaurante; vio también a Isabel, que acababa de abandonar el lugar, dar media vuelta y retornar corriendo al interior.

CAPÍTULO 2
Hugo, el magnífico

Cuando los enfermeros lograron entrar a la cocina -debieron dar de codazos para abrirse camino hasta las puertas batientes-, pudieron presenciar una escena bastante curiosa: Cigoto yacía en el piso, inmóvil; a su lado Francisco le enjugaba la frente, mientras Hugo, arrodillado, agitaba un paño de cocina sobre el cuerpo del joven, como si quisiera atizar una fogata.

Inmediatamente, la doctora se acuclilló y tomó el pulso de Cigoto, ajustándose el estetoscopio mientras lo hacía.

-Retírense, por favor -ordenó secamente, y prosiguió enseguida su examen.

Francisco contó después que nadie había visto lo que pasaba, que tan sólo diez minutos antes nada hacía suponer que Cigoto pudiera desplomarse de ese modo.

-No es muy fuerte que digamos el muchachito -advirtió la mujer-. ¿Cuántas horas por día lo hace trabajar? -preguntó al chef, retirando suavemente los anteojos del enfermo.

La doctora, inclinada sobre el rostro de Cigoto, frunció el ceño. Estaba confundida y no escuchó siquiera la respuesta de Hugo. Luego, sin decir una palabra, puso delicadamente los lentes oscuros al muchacho. Estaba deseosa de terminar y acabó rápidamente el examen. En menos de un minuto, declaró:

-Lo llevaremos al hospital.

El enfermero que la acompañaba salió en busca de la camilla.

Luis Balladares estaba discretamente instalado en un rincón de la cocina, apartado y pensativo. Nada se le había escapado, se dio cuenta del malestar de la doctora cuando retiró los lentes oscuros de Cigoto y, sobre todo, se había percatado de la extraordinaria celeridad de sus gestos en lo sucesivo. El camillero reapareció y procedieron al transporte del enfermo.

-¿Alguien de ustedes es pariente del muchacho? -preguntó la doctora, buscando con la mirada alguna persona que de entre los presentes asumiera la responsabilidad.

-Yo me hago cargo -dijo Luis Balladares, incorporándose. Tomó nota de la dirección del hospital y pidió que, de ser posible, le dieran un diagnóstico preliminar.

-Es un desmayo común debido, probablemente, al cansancio -afirmó la doctora-. Este joven tiene el corazón muy débil, sus padres deberán presentarse en la sección Urgencias del hospital lo más pronto posible.

-Haré lo necesario -le aseguró Balladares, mientras seguía al grupo que iba saliendo del local.

Del otro lado de la calle, prisionera de su jefa, Josefina Andrade pataleaba de impaciencia. Desde la llegada de la ambulancia, quería averiguar lo que había sucedido en el interior del restaurante. Su jefa, Francisca Landry, rehusaba dejarla ir en busca de noticias; la fila de clientes era demasiado larga y, además, otras familias iban llegando a la nevería.

En tres ocasiones, entre dos barquillos de nieve, Josefina había intentado llamar a Hugo, pero la línea estaba siempre ocupada; seguramente habían descolgado el aparato.

Algunos clientes abandonaban el restaurante y Josefina supuso que serían los de la fiesta. Estaban sacando la camilla, el hombre y la mujer la introdujeron a la ambulancia, tras de la cual acababa de estacionarse una patrulla policíaca. En un santiamén todo había concluido y todos se habían marchado.

Otros comensales se retiraban del lugar. En este grupo, Josefina distinguió la silueta de Luis Balladares, que se apresuraba a llegar a su vehículo. ¿Quién era entonces el enfermo? ¿Se había sentido mal algún cliente? ¿Hugo Marín había...? «No, claro que no», pensó ella.

-Señora Landry... -intentó pedirle nuevamente Josefina.

-Lo siento mucho, Josefina -respondió la mujer-; al rato puede ser, si hay un momento de calma; sabes bien que ahora es imposible.

-¿No podría llamar a Iván? Él puede reemplazarme,

-Una mano lava a la otra -dictaminó la ahora comprensiva patrona.

Josefina saltó sobre el teléfono sin interrumpir el servicio a los clientes. «Responde,

Iván -repetía con los dientes apretados-, responde... si no...»

Quince minutos más tarde, sentados en la mesa más grande del restaurante, Isabel, Francisco y Hugo trataban de recuperar el aplomo. La mayor parte de los clientes se había ido y comenzaban a respirar con mayor tranquilidad.

El chef no había invitado a nadie a abandonar el restaurante, pero no ponía en absoluto buena cara a los que iban llegando. Había tenido ya, con creces, su dosis de emociones y no quería por ningún motivo que se agregaran otras.

-Tengo la impresión de que Cigoto no volverá a trabajar aquí -dijo Francisco, como queriendo adelantarse a la cólera de Hugo.

El cansado cocinero no explotó, sino que depositó con parsimonia la taza de café sobre el platillo y se cruzó de brazos.

-No me cae tan mal como ustedes creen -dijo-. Sólo lo encuentro un poco torpe y algo tarado. ¿Qué hacen sus padres?

-Nunca los he visto -respondió Francisco-, tal parece que no son de acá, por eso él tiene un acento diferente.

-¿Y viven aquí? -preguntó Isabel.

-Sí, supongo. No sé mucho más que ustedes, lo conocí en el curso con Balladares y hemos hablado un par de veces; como él buscaba un trabajo para el verano, yo pensé en ayudarlo.

-¿Por qué lo llaman Cigoto? -preguntó nuevamente Isabel, que aún no tenía respuesta desde que Josefina se había marchado.

-Le puse ese sobrenombre cuando tomamos el curso de biología; estábamos estudiando la reproducción por donación.

A los interlocutores casi se les saltaron los ojos ante aquella palabra.

-La donación es una técnica reproductiva que permite producir individuos exactamente iguales, se utiliza mucho en la crianza de bovinos. Supongamos que tu padre y tu madre hacen el amor y que un espermatozoide fecunda un óvulo -agregó mirando los ojos de Isabel-. Eso da una nueva célula, un embrión: eso es un cigoto, un huevo fecundado. El embrión se desarrolla y se convierte entonces en un bebé.

Todos se mantuvieron en ese silencio expectante de quienes escuchan.

-¡Es realmente un apodo cómico para alguien que pisa tan poco! -gritó groseramente Hugo, dando una fuerte risotada.

Isabel recordó la charla de Josefina sobre Elvis Gordillo y lanzó una mirada reprobatoria al chef. El hombre se refugió en la taza de café, defraudado por la escasa aprobación de su auditorio y luego, incómodo, sacó una pluma de su bolsillo y comenzó a dibujar garabatos en una servilleta de papel.

-Y la donación...

-Es un tanto complicado -retomó Francisco-. Para simplificar voy a utilizar un ejemplo: admitamos que soy un individuo muy fuerte, superguapo y superinteligente, lo cual es una gran verdad, aunque nadie quiere reconocerlo...

-Continúa -insistió Isabel, encantada-, eso me interesa.

-Se toma una de mis células, se le extrae el núcleo y con él se sustituye el que contiene el embrión de tus padres. Con esa operación, la suerte está echada.

-¿Eso quiere decir...? -preguntó Hugo.

-¡Que después de nueve meses nacerá un Francisquito... Lavanderos!, idéntico al apuesto joven que ven aquí. Sucede como si cambiaras la yema de un huevo por otra. Hay decenas de miles de vacas que son producidas de esta manera, y son todas, si quieren llamarlas así, gemelas.

-Es por eso entonces que todas hacen *mmmuuu* -gritó Hugo, otra vez saboreando en solitario su fino sentido del humor.

En ese mismo instante, Isabel imaginaba un mundo poblado de pequeños Francisquitos, pero la presencia del cocinero le hizo temer que, en caso de error, bien podría estar poblado por... ¡Huguitos Marín! Isabel puso rápidamente fin a sus especulaciones y se dijo a sí misma que, finalmente, lo mejor sería dejar actuar a la naturaleza.

-Y fue entonces aquel día cuando lo apodé Cigoto. Durante el recreo, me contó que él había sido fecundado in vitro, y lo que se pregunta es si no habrá habido algún error, pues sus ojos están malformados.

-¿In vitro? -dijo extrañado el cocinero.

Francisco le explicó que una fecundación in vitro consiste en unir un espermatozoide y un óvulo en un laboratorio, en lugar de dejar que el azar intervenga en el vientre de la madre. Una vez formado el embrión, lo reinsertan en el útero materno y el embarazo prosigue su camino.

-Muchas parejas que se creen estériles utilizan esta técnica -concluyó Francisco.

-O sea que es como rellenar un pavo, si entiendo bien.

-¡Por favor, señor Marín! -exclamó Isabel, escandalizada- ¿No cree que está yendo demasiado lejos?

-Discúlpeme, señorita, no quería que se molestara. Usted comprenderá, yo... yo comparo siempre con mi cocina -dijo el chef, dando vueltas a su servilleta de papel.

-¿Qué escribes en la servilleta? -le preguntó Francisco, sin poder contener la risa-. ¿Estás contando las pérdidas de la tarde?

-No -respondió el hombre seriamente-. Estoy tratando de ver cuánto nos darían por Cigoto en el cementerio de autos.

Isabel alzó la mirada al techo, resolviendo que esta vez nadie le impediría irse. Pero Isabel Pastenes se equivocaba, pues, una vez en la puerta, vio a Josefina atravesar la calle a toda carrera; su amiga parecía enloquecida.

CAPÍTULO 3
Yo, Cigoto

En la ambulancia Cigoto recuperaba poco a poco la conciencia:

Esto se mueve... Todo se mueve... Ah sí, la ambulancia... Me llevan de nuevo al hospital... Espero que esta vez todo se solucione; comienzo a estar harto de tantas maniobras y tanta farsa.

Hay seguramente alguien a mi lado. Un médico, un enfermero. Escucho dar vueltas a unas hojas, un lápiz deslizándose por el papel. Eso es, escribe tu informe, mi buen amigo, que no por eso sabes más de mí...

¡Sorpresa, es una mujer! Al menos eso creo. Hay un perfume que flota en el aire... Seguramente no será un hombre quien huela así de bien.

Me pregunto si será bonita. No debo mirar: si me muevo, ella se dará cuenta que estoy despierto... y las preguntas empezarían. Con cada nuevo médico es lo mismo. Sí, mi presión arterial es alta, lo sé. ¿Desde cuándo? Desde siempre. ¿Siente mareos? Sí, muy a menudo, está escrito en mi expediente; todo está ahí, doctora.

Sí, sí, me alimento bien, tomo mis medicamentos. ¿Mis ojos? Eso también está en el expediente, señorita, es congénito. Es feo, ¿verdad? He aprendido a vivir con eso, pero no tema: mi psicólogo y mi psiquiatra me supervisan regularmente; son dos grilletes que arrastro, por eso no avanzo rápido.

Mi padre puso a psicólogos y psiquiatras a mi alcance, y es él quien me sanará, me lo ha prometido. Desde mi nacimiento, es lo único que quiere y busca sin cesar cómo reparar el error que cree haber cometido.

Hace veinte años, conoció a una mujer llamada Carolina, sus caminos se cruzaron en una playa, en Santa Bárbara. Fue un amor fulminante, se enamoraron y se casaron, todo eso en un año; luego trataron de tener hijos, pero algo no funcionaba.

Por esa época, mi padre trabajaba en Ventura, un centro de investigaciones genéticas y, como las fecundaciones en laboratorio eran moneda corriente para él, arreglar tal problemilla le resultaba como un juego de niños, por así decirlo.

Se me concibió en una probeta, luego me depositaron en el vientre de mi madre y ella me gestó. (Cómo me pica la rodilla; si me rasco, la mujer va a darse cuenta. ¡Huy!

¡Huy! ¡Siento cosquillas! ¡Ahh!, pero se pasa, se pasa.) ¿En qué estaba? ¡Ah, claro!, en lo de mi fabricación.

Cuando nací, mis padres se llevaron toda una sorpresa, una muy mala sorpresa: yo estaba casi ciego, tenía los iris fraccionados... y todavía los tengo, por cierto. ¿Vio bien mis ojos, doctora? Una linda deformación, ¿verdad? Dos agujeros de vieja cerradura, dos triángulos chuecos rellenos de sangre. Coloboma del iris, muy bonito nombre, ¿no le parece, doctora?

Presumiblemente, Carolina no pudo aceptarlo, y estoy convencido de que lo suyo fue un suicidio. Mi padre dice que fue un accidente, pero no le creo. Yo tenía dos años cuando ocurrió. Una mañana ella salió al Pacífico a velear y no regresó al embarcadero.

Al otro día encontraron el velero mar adentro, estaba vacío.

Tres días más tarde, las olas nos devolvieron a mamá. Unos paseantes la encontraron muerta en una playa; se había ahogado, y yo no creo en esa historia del accidente, porque aún tengo en mi casa la colección de trofeos que había ganado mamá en muchas competencias náuticas; conservo incluso una foto de ella en mi maleta, se le ve recibiendo un premio sobre su velero. (Se me está durmiendo el brazo, lo moveré un poquito, eso... eso es, qué alivio.)

-¿Se siente mejor, joven?

Me vio, la muy astuta, a menos que mi respiración me haya delatado. No le responderé enseguida, después de todo, es normal no hablar cuando se vuelve a la conciencia. Por lo demás, el hospital no debe estar muy lejos; el interrogatorio no podrá durar mucho tiempo. Pero le diré algunas palabras antes de llegar, eso la tranquilizará.

Tiene una voz dulce, como la muchacha que trabaja en la nevería, Josefina creo que se llama. Hace poco, cuando ella venía entrando al restaurante, dejé caer un platillo para llamar su atención, pero no pude ver más que los desorbitados ojos del chef.

Háble me de las muchachas, doctora, es más interesante que las pruebas de orina y las biopsias. Si usted supiera cómo me gustaría estrechar a una muchacha entre mis brazos, pero, para ellas, es como si les diera la impresión de que me voy a desarmar; desconfían de mí, como si tuviera la peste o el sida.

El único que confía en mí es Francisco. Es una persona correcta. No conoce los detalles específicos de mi enfermedad, pero eso no le interesa; está dispuesto a ayudarme, es todo.

Es por causa suya si estoy inscrito en el curso de biología, incluso estando ya harto de la ciencia y de sus investigadores. Yo podría haber sido el profesor en ese curso, pero como Francisco es una de las raras personas que simpatizan conmigo, no vacilé en inscribirme. Es un verdadero amigo.

Cuando esté sano voy a invitarlo a mi casa, creo que le gustará Santa Bárbara. De hecho, podría llevarlo por todas las partes en que he andado, a todas las ciudades que tienen un gran centro de biotecnología... La soledad me pesaría menos. Porque no sólo son mis ojos el problema, está también la soledad, sobre todo la soledad, debería decir.

Ah, claro, hay equipos que me toman a su cargo cada vez que ingreso a un centro, y así conozco a mucha gente, pero no tengo el tiempo suficiente para estar cerca de nadie. Y si, por casualidad, alguien se interesa en mí e intento acercarme... ¡*Plaf*!, es la hora de partir, entonces me saco mi camisón, preparo mi pequeño equipaje y me exilio nuevamente... ¡Maldita chamarra!

Lo mismo sucederá con Francisco o con Josefina, a la que me gustaría tanto conocer un poco más; ir y pedirle una gran bola de helado para lamerla lentamente, mirándola a los ojos. Tal vez eso le chocaría, pero yo tendría al menos el gusto de haberlo intentado, y eso tranquiliza...

-Tu pulso es normal, Erik.

Levanto la mano, como para decir que he comprendido.

-¿No quieres hablarme?

Perspicaz, la señorita. Voy a esperar otros treinta segundos y la próxima vez que me hable, le responderé... Ya pasó casi un minuto, vamos, estoy listo. Ella suspira. Los suspiros no cuentan, doctora, ¡hábleme! ¿Ni una palabra? No importa...

Estoy ansioso por llegar. Tal parece que el centro de investigaciones de Monteverde es nuevo y está a la vanguardia en cuanto a tecnología de punta, como se dice. Y parece que mi investigador padre al fin ha logrado robar lo necesario; hace seis meses que estamos aquí y ninguna intervención quirúrgica me ha sido practicada... Esta noche voy a saber si la operación resultará exitosa, ojalá.

No es muy legal lo que se trama en mi entorno, las operaciones son siempre mantenidas en secreto, pues son peligrosas en extremo, osadas. Hay gente que me ha dicho que esto es riesgoso, que podría morir. A veces tengo miedo; a veces me burlo. Pero lo que quiero es curarme, poder correr para alcanzar el camión, pasar todo un día en aventuras excitantes, abrazar a las muchachas.

Entonces, esta tarde tomé una píldora para simular el desmayo. Mi padre pudo finalmente infiltrarse en el personal del hospital, va a practicar la intervención él mismo y por medio de ella me implantará otros genes que ha manipulado.

Ha tratado de explicarme lo que hará, pero no estoy seguro de haberlo comprendido del todo. Los genes son tan infinitamente pequeños... Me dijo que cada individuo alberga en sí una especie de alfabeto, pero en vez de tener veintisiete letras, contaría con decenas de miles. Eso son los genes. Se conocen algunos centenares; es como si hubiera tres mil personas en el vecindario y uno conociera a treinta o cuarenta. Yo sé que los otros existen, pero no sé en dónde habitan, qué comen, ni lo que hacen. Son ellos, los genes, quienes determinan el sexo del individuo, la textura de su piel, el color de su pelo, de sus ojos,, etcétera. Cuando el bebé se forma, las letras se escriben, una por una, como si alguien las hiciera aparecer en la pantalla de la computadora al presionar con los dedos el teclado.

Al momento de mi nacimiento, faltaban letras... ¿Qué ocurrió entre la computadora y la impresora? Nadie lo sabe. Se comenzó por buscar las letras faltantes, se han hallado muchas; mi anemia y mis constantes pulmonías podrán ser tratadas y, bueno, ya es algo.

El gran problema es el estado de mis iris: han encontrado las letras faltantes, pueden escribirlas, pero se borran siempre. Es muy complicado; y tan abrumador...

Debo tragar mil y una píldoras, para hacer actuar a otros productos, de los cuales no conozco siquiera el nombre. Me siento cada vez más débil y cada vez menos inteligente; a menudo sufro pérdidas de memoria y estoy deseoso de que todo esto termine.

El mes pasado estuve a punto de contarle todo a Francisco, le hablé de mi fabricación; me escuchó con mucho interés, como un amigo. A él le gustan las ciencias, probablemente porque nunca está enfermo. Al final de mi confidencia, me dijo que yo era un perfecto cigoto; eso me causó risa, y desde aquel día me quedó el sobrenombre. Pero en la tarde, encerrado en mi cuarto, ya no reía... Lloraba... Acababa

de darme cuenta que hacía muchos meses que no me había reído.

-Vamos llegando al hospital, Erik.

-Este... ¿Puedo pedirle algo, doctora?

-Claro que sí, Erik.

-Por favor, señorita, abráceme, eso me hará mucho bien.

CAPÍTULO 4
El palpitar de los corazones

Josefina entró como una ráfaga de viento al restaurante Hugo's. Todos se asombraron al verla allí, pues debía estar trabajando hasta la medianoche.

-Iván vino a reemplazarme -explicó, jadeante-. Quería enterarme de lo que pasó y saber a qué atenerme.

Se dejó caer sobre una silla y escuchó el relato de los acontecimientos que le hicieron Francisco e Isabel. Cuando se enteró de que se trataba de Cigoto, se mostró sorprendida y, después de algunos segundos, muy preocupada; en su cabeza no lograban ordenarse los sucesos, era demasiada información.

-¿Y no han tenido noticias? -preguntó finalmente-. A esta hora seguramente han de haberlo atendido.

La respuesta no se hizo esperar.

-No hemos tenido ninguna novedad todavía -respondió Isabel.

-A esta hora -repitió Hugo-, debe estar durmiendo aún en la camilla, en algún pasillo de Urgencias. Hoy día, si quieres sobrevivir, hay que evitar a toda costa los hospitales; son un desastre.

Josefina se alzó de hombros. Francisco dio a entender que Luis Balladares llamaría, o iría al restaurante para informarles, una vez que hubieran internado a Cigoto.

-Es que además pasó otra cosa -agregó Josefina, aún perpleja.

Todos la invitaron a que continuara.

-Cuando Iván venía a la nevería a reemplazarme, pasó frente a la prepa y dijo que había un gran despliegue policíaco, que estaban haciendo un operativo y habían acordonado el plantel, que había muchos policías.

Hugo fue el primero en reaccionar, al recordar a Luis Balladares explicando a la doctora que pasaría a la escuela para ver la forma de contactar a los padres de Cigoto. Francisco también lo recordó.

-¿Vamos? -sugirió Isabel, acariciando en secreto la idea de un buen reportaje.

-Vengan -dijo Hugo, sacándose el delantal-, mi camioneta está cerca, en el estacionamiento.

Dos minutos más tarde, estaban en el vehículo del cocinero, una Ford Econoline azul oscuro, decorada al gusto del personaje. «Qué horror», pensó Isabel, mientras se acomodaba en un asiento recubierto de peluche rojo; una nube de polvo se elevó invadiendo el interior del vehículo. Josefina y Francisco subieron, a su vez, y se instalaron en asientos igualmente acogedores.

-Elvis Gordillo tiene una igual -murmuró Josefina a Isabel.

Del retrovisor colgaban dos dados de hule espuma y los paneles laterales y el

techo estaban forrados con una gruesa alfombra. En la parte trasera, en torno al medallón, había minúsculas borlas que se estremecían al menor movimiento de la camioneta. Y, para añadir un poco de brillo, en cada ventanilla había unos gatos de plástico amarillo, cuyos ojos se iluminaban cada vez que Hugo accionaba los frenos del vehículo.

-La he decorado yo mismo -dijo orgullosamente el chef, ante la mirada atónita de los pasajeros, que contemplaban en silencio los milagros de aquella decoración.

«Que esto lo hizo él mismo, nadie lo duda», pensó Josefina.

Hugo giró la llave y encendió el motor. Después de dos o tres explosiones sucesivas y algunos estrepitosos ahogos, finalmente arrancó y dirigió lentamente la camioneta hacia la calle.

El cocinero hablaba sin parar, se había llenado repentinamente de alegría, convencido de estar sirviendo a una buena causa. Era el héroe, el ser indispensable a quien se podía recurrir. Hugo conducía más rápidamente que lo acostumbrado, hinchado de orgullo, mientras cada vuelta hacía perder el equilibrio a sus pasajeros, incomodándolos.

Llegaron a la preparatoria casi a las ocho de la noche, y distinguieron, ya desde el estacionamiento, la zona protegida con una cinta de plástico rojo.

Los curiosos que estaban a la espera de noticias frescas se amontonaban en las afueras. Isabel constató también la presencia del auto de un reportero radiofónico, estacionado cerca de los vehículos policíacos.

Apenas descendieron de la camioneta, los cuatro ocupantes se mezclaron con el grupo de curiosos y escucharon los más diversos rumores; el más persistente de ellos sugería la caída de un hombre desde el cuarto piso.

«El piso de los laboratorios», pensó Isabel. «Debo ir a ver qué sucedió», decidió rápidamente. Abrió su saco y buscó la credencial de reportera que había recibido ese mismo día. Sin vacilar, atravesó el cordón de seguridad y se encaminó hacia la entrada principal de la preparatoria. Un policía la interceptó y le prohibió el acceso a las gradas que llevaban al interior del vestíbulo.

De lejos, Josefina y Francisco vieron a Isabel que discutía, mostraba su credencial y gesticulaba. El policía pareció ceder y le indicó un camino que bordeaba el muro.

La reportera caminó a lo largo del edificio v desapareció tras unos matorrales. Poco después llegó una camioneta negra que, pasando sobre el césped, se dirigió al lugar del incidente, precisamente por donde Isabel se había encaminado.

-Son los del Servicio Forense -murmuró Francisco.

Josefina miró a lo alto y vio, en el cuarto piso, una ventana abierta y a dos hombres apoyados en ella que parecían discutir diversas posibilidades.

-¿Piensas que se trate del profesor Balladares? -preguntó Francisco.

-Pienso como tú -replicó Josefina-: Espero que no.

En ese instante llegó Hugo y soltó un comentario.

-Si se instalara aquí un puesto ambulante -dijo, en tono bonachón-, su dueño ganaría una fortuna.

Ensimismados, Francisco y Josefina se miraron, pero nada respondieron. Hugo era una causa perdida. Y mientras tanto, el movimiento recomenzaba en el lugar de los hechos. La camioneta negra se retiraba por una vía de servicio, para evitar la muchedumbre.

Al mismo tiempo, Isabel reapareció y pudieron verla cuando se aproximaba corriendo hacia la entrada principal. Una vez que llegó a las gradas, volvió a discutir

con el policía; evidentemente ella quería pasar y él no se lo permitía. Ambos debieron suspender su discusión y hacerse a un lado para dar paso a otros dos policías que salían del inmueble. Josefina, Francisco y Hugo quedaron estupefactos e inmóviles desde el preciso instante en que reconocieron a Luis Balladares, esposado, caminando entre los dos policías.

* * *

Media hora antes, la ambulancia que transportaba a Cigoto entraba como tromba por la pequeña avenida que conducía a Urgencias del hospital del Sagrado Corazón. Luego de algunas curvas que el conductor sorteó con velocidad y delicadeza, el pesado vehículo se inmovilizó frente a las puertas corredizas que se abrían automáticamente.

Dos empleados del hospital acudieron a la ambulancia y sacaron al enfermo; la doctora puso un expediente sobre el tórax de Cigoto y se inclinó sobre el rostro del paciente.

-Buena suerte, Erik -susurró la mujer.

Cigoto no respondió; sin embargo, la médica vio dibujarse una sonrisa en sus labios, con lo que pareció sentirse satisfecha.

Las enfermeras se hicieron cargo del paciente y empujaron la camilla al interior. En ese mismo momento, un empleado deslizó otra camilla dentro de la ambulancia y, a bordo del vehículo y en busca de otro caso, la doctora Estela Chávez se preguntaba aún si aquello no había sido un sueño.

En cuanto a Cigoto, éste trataba ahora, plenamente consciente, de adivinar cuál sería el curso de los acontecimientos. Era su primera entrada ilícita a un hospital y deseaba en lo más profundo de su ser que su padre viniera cuanto antes por él. Sin embargo, lo tranquilizó el hecho de que un médico, después de ver el sobre, lo enviara a Oftalmología; al menos no rodaría de un sitio a otro.

-Queda en observación por veinticuatro horas -indicó a los enfermeros.

Después de un largo periplo, en el que se sucedían ininterrumpidamente elevadores y pasillos, Cigoto se encontró en una gran habitación donde lo transfirieron a una cama más confortable. Por fin lo dejaban solo.

Estaba cansado, respiraba hondamente y trataba de poner su mente en blanco, de olvidar las horas y los esfuerzos anteriores; eso trataba de hacer cuando, contra su voluntad, se quedó profundamente dormido.

Su reposo fue demasiado corto; apenas había comenzado a soñar, cuando la puerta de la habitación se abrió bruscamente, proyectando la refulgente luz del pasillo en toda la habitación.

-¿Papá? ¿Eres tú? -preguntó, contento.

Pero se desilusionó. Eran otro médico y una enfermera quienes entraban; venían a satisfacer su curiosidad, una práctica que Cigoto detestaba. Esa manía de la gente de considerarlo como a objeto raro, casi como una pieza de colección, le irritaba hasta lo indecible.

El médico consultó la ficha que habían suspendido a los pies de la cama, se acercó e hizo las presentaciones de rigor; luego invitó a la enfermera a aproximarse y levantó lentamente los anteojos de Cigoto.

Como tantos otros, ambos visitantes no pudieron disimular su malestar al percibir los ojos del muchacho. La malformación era evidente, asombrosa: una fisura partía desde la mitad del ojo y se extendía, ensanchándose, hasta el borde del iris. En esa

cavidad, una especie de absceso rojo y brillante ocupaba todo el espacio y se desbordaba levemente sobre las áreas intactas. Podría decirse que era una gruesa lágrima de cristal y sangre, coagulada en un pequeño cofre, suspendida ahí eternamente. El médico contuvo el aliento y la enfermera volteó para toser, pero Cigoto comprendía que era para disimular su asco; ya conocía bien esa reacción.

En seguida, ambos espectadores intercambiaron observaciones de carácter médico, examinando por completo los ojos de Cigoto, manipulando sus párpados delicadamente, abriéndolos al máximo, volviéndolos a cerrar. El muchacho percibía palabras, restos de frases ya escuchadas decenas, infinidad de veces:

-...brazo corto del cromosoma cuatro... coloboma... quinta semana de vida intrauterina... consecuencias visuales realmente insignificantes...

Cigoto suspiraba; era lo que debía soportar para poder terminar con todo eso algún día. La enfermera le apretó el brazo en un gesto de simpatía o como si quisiera darle ánimo.

-No me voy a morir, ¿sabe? -dijo, con ironía-. Muy pronto estaré sano, el doctor Villarroel es quien está a cargo de mi caso...

Se le había escapado aquella frase. Se mordió los labios después de haberla pronunciado, pues nadie debía saber que la intervención tendría lugar. Al hablar de más acababa de anunciar la violación de otra regla: la que prohíbe al médico operar a su propio hijo. Convencido de haberse traicionado, sintió cómo el nerviosismo se apoderaba de todo su cuerpo, como si circulara por sus venas y, angustiado, vigiló la reacción de los dos visitantes.

El médico escribía en una ficha y parecía no haber prestado atención a la torpe aclaración de Cigoto; la enfermera, en cambio, parecía buscar algo en su memoria.

-Creo haber visto su nombre en la Administración hace un momento, le toca turno esta noche, creo. ¿Es su padre el famoso doctor Villarroel?

-Venga -dijo el médico a la enfermera-, tenemos que ver a otros tres pacientes todavía en el piso superior.

Poco después de que la puerta se cerrara suavemente, Cigoto lanzó un largo suspiro de alivio; la interrupción del médico puso término, abruptamente, a las reflexiones de la enfermera, cuyas preguntas habrían podido resultar muy embarazosas.

Cinco minutos después, ya apaciguado, dejó de sentir su corazón martilleándole el tórax; recuperó la confianza y la esperanza retornaba. Se durmió nuevamente reuniéndose con Josefina, la de la nevería, ahí en donde la había dejado hacía diez minutos.

CAPÍTULO 5
Secretos y hallazgos

Al día siguiente, en la sala de redacción de Primera Plana, Isabel leía la noticia discretamente inserta en la parte inferior de la página diez:

"Mortal caída

En la tarde de ayer, en el plantel de la preparatoria San Agustín, un hombre perdió la vida al caer desde el cuarto piso del inmueble. El individuo, de aproximadamente treinta años de edad, formaba parte del personal de mantenimiento de la institución al momento del accidente.

Al llegar al lugar de los hechos, la policía detuvo a un profesor del establecimiento, por considerarlo testigo clave en el incidente. En efecto, el estado de la ropa que portaba la víctima mostraba la posibilidad de que podría haber ocurrido un altercado antes de su fatal caída, por lo que le será practicada la autopsia.

Al cierre de esta edición, aún no concluía el interrogatorio del sospechoso, por lo que no fue posible saber si será acusado formalmente en los próximos días."

Incrédula, Isabel dejó caer el diario delante de ella. Las preguntas que se hizo durante buena parte de la noche volvían a atormentarla. ¿Qué hacía Luis Balladares en el cuarto piso? La oficina administrativa estaba en el segundo... ¿Se habría peleado con el conserje? ¿Por qué, motivo? ¿Qué pudo provocar semejante desenlace? ¿La simple negativa a abrir la oficina de registros? No tiene sentido; incluso estando desesperado, no se mata por tan poco...

-Buenos días, señorita Pastenes.

Isabel se sobresaltó, estaba completamente inmersa en sus especulaciones, sin darse cuenta de la llegada de Valentín Ramírez, el periodista que supervisaba la labor de ella en Primera Plana.

-¿La asusté, señorita? Discúlpeme -balbuceó el apuesto y semicano encargado-. Usted parece no haber dormido mucho.

-No... Eh... Sí. Este asunto de la prepa me inquieta; estuve allá la tarde de ayer -dijo tendiéndole el diario. Él leyó la breve nota y luego escuchó el resumen de Isabel sobre los acontecimientos de la víspera. Atento, el experimentado periodista notó enseguida el interés de Isabel por el tema.

-¿Y usted subió al cuarto piso? -le preguntó el periodista.

-Los policías me lo impidieron. -¿Usted cree que los policías estén todavía en el lugar de los hechos?

-No... no creo.

-Y ese joven... Erik... Cigoto... ¿Qué pasó por fin con él?

-De él no sé nada -admitió ella.

-Entonces, señorita Pastenes... ¿Qué está usted haciendo aquí? -la interpeló, con tono provocador.

Luego de algunos segundos de vacilación, Isabel mostró una gran sonrisa que traducía bien su profunda alegría; le confiaban, por fin, un reportaje, como a una verdadera reportera. La misión fue un auténtico regalo para ella y no pudo abstenerse de depositar un sonoro beso en la frente de Valentín

Ramírez, que se quedó con la boca abierta y dijo luego, recobrando el aplomo:

-Hace dos años escribí una serie de artículos sobre homicidios en el medio laboral, podrían ayudarle. Estarán sin falta sobre su escritorio a las quince horas; me dará su informe entonces.

-Tenga confianza en mí -dijo ella, levantándose rápidamente.

Radiante, Isabel atravesó velozmente la sala de redacción. El periodista tuvo apenas el tiempo de verla alejarse, se enjugó la frente y se dirigió a su escritorio, sin hacer mucho caso a las risitas burlonas de algunos colegas, que habían presenciado íntegramente la embarazosa escena.

En el restaurante Hugo's, Josefina Andrade pelaba numerosas papas y tenía puesto

el delantal de Cigoto. Francisco le había pedido ayuda, v ella había aceptado reemplazar al enfermo en la cocina, mientras encontraban un trabajador permanente.

La idea de trabajar para Hugo no la atraía demasiado, pero ganar un salario extra durante tres o cuatro días aliviaba un poco sus finanzas; además, ella apreciaba mucho la compañía y el humor siempre contagioso de Francisco.

-¿Tienes alguna novedad? -preguntó ella a su compañero de cocina.

-No, desde ayer no he sabido nada. Hugo me mostró una corta nota del periódico, nada nuevo por cierto.

-¿Y Cigoto?

-He llamado dos veces al hospital, pero nadie ha podido informarme. Así que iré esta tarde, deben estar todavía confundidos con sus papeles.

-¿Qué habrá empujado a Balladares a hacer eso? -preguntó Josefina, como pensando en voz alta.

-Empujar, ésa precisamente es la palabra correcta -soltó Hugo al pasar a su lado y luego agregó-: Cuando hayas terminado, querida, ponte a cortar cebollas; vamos a preparar una buena salsa para spaghetti.

El cocinero se volvió en el acto y huyó en dirección al comedor.

-¿Cómo haces para trabajar con semejante payaso? -preguntó Josefina, pensando seriamente en renunciar al trabajo, a pesar de que le gustaba su labor.

-Es un poco raro, pero es un buen tipo -respondió Francisco-. Ya lo viste ayer, fue él quien nos llevó a la prepa.

Josefina no se atrevió a seguir argumentando, se daba cuenta de que Francisco sentía algo de afecto por Hugo; discutir sobre ello sería, de alguna manera, socavar su relación con el chef; con mayor razón si tenía que pasar todo el verano allí, con él.

-Llamé a Isabel en la mañana -dijo ella, como para cambiar de tema-. Casi no ha dormido.

-Lo sé, yo también la llamé. Lo que pasa es que toma demasiado en serio su trabajo.

-Cada vez que alguien quiere hacer bien su trabajo, siempre hay otro que viene a decirle que exagera -rezongó Josefina mientras cortaba la primera cebolla.

Por su parte, Francisco prefirió no contradecirla. En lo que él estaba pensando; era en los masajes que daba a Isabel, para que se relajara; a menudo ella se quedaba dormida luego de los esmerados cuidados y las caricias de Francisco, aunque él hubiera preferido que ella le pagara con la misma moneda, no con sus ronquidos.

Josefina lloraba a mares por efecto de la cebolla y, desgraciadamente para ella, en ese preciso momento entró Hugo a la cocina.

-Ya no llores, linda -dijo el cocinero-, pronto va a venir tu Cigotito.

-¿Por qué dice eso? -sollozó Josefina-. He hablado con él dos veces, creo; por lo demás, no me inspira en lo absoluto.

-Pues para él es todo lo contrario -precisó Francisco-. Le gustaría mucho acercarse a ti, pero no sabe cómo hacerlo, es muy tímido el pobre.

Josefina tragó saliva, no esperaba una revelación semejante; nunca habría imaginado que Cigoto se interesara en ella. «Está más enfermo de lo que creía», pensó, mientras buscaba un pañuelo en su delantal. Pero sus dedos tocaron un pequeño objeto, un frasco de comprimidos que pertenecía a Cigoto, y estaba vacío. Examinó el frasco; no tenía ninguna identificación, ningún nombre, ninguna precisión sobre el contenido y lo depositó frente a ella, sobre un anaquel. Francisco se apoderó de él.

-¿Es de Cigoto? -preguntó.

-Lo encontré en uno de sus bolsillos.

-Es curioso; nunca tomaba medicamentos aquí... Bueno, era lo que yo creía.

-¡Francisco, tienes una llamada telefónica! -gritó una voz estridente que provenía del comedor.

Un minuto más tarde, estaba de vuelta en la cocina.

-Era Isabel, está en la prepa y dice que ha descubierto algo asombroso.

-¿Cómo qué? -preguntó Hugo.

-No quiere hablar por teléfono, dice que llegará en cinco minutos.

-Voy a preparar una mesa -dijo Hugo, nuevamente en estado febril-. Aprovecharemos para comer antes de que lleguen los clientes de la hora del almuerzo. ¡Francisco, prepara una cafetera! ¡Josefina... Josefina, suénate la nariz! -agregó, como a propósito para que la jovencita se enojara.

* * *

Unos cuantos minutos más tarde, con su bolso colgado en bandolera y un portafolios bajo el brazo, Isabel entraba al restaurante y se dirigía hacia el fondo del comedor, en donde la esperaban, ya instalados en la mesa, sus tres amigos.

Francisco se precipitó a su encuentro, interceptándola a medio camino.

-Ya casi no te veo -le susurró abrazándola cariñosamente.

-Es cierto -murmuró ella-, en estos días está siendo un poco difícil, y creo que tendremos aún para un buen rato. Es tan excitante lo que estoy viviendo, pero igual te quiero, tú lo sabes.

-Yo también te quiero. Ven a contarnos.

Y tomaron asiento junto a los otros, que ya empezaban a comer unos panes calientes.

-No voy a poder quedarme a comer con ustedes -dijo Isabel-. Debo volver a Primera Plana en unos minutos y, en todo caso, no tengo mucha hambre.

-¿Qué es lo extraordinario que descubriste? -preguntó Hugo, empujado por la curiosidad.

-¡No sé por dónde empezar! -respondió Isabel.

Después de la conversación con Valentín Ramírez, Isabel había ido a la preparatoria y subido al cuarto piso, exactamente al lugar en donde se había producido el drama: la oficina del profesor Luis Balladares. Se enteró de que los investigadores policíacos habían abandonado muy tarde el sitio de los hechos, después de haber tomado un sinnúmero de fotografías y efectuado pruebas de huellas dactilares. El desorden reinante en la oficina confirmaba la hipótesis de un altercado: las sillas tiradas, los libreros vaciados a la mitad, la computadora desconectada.

-Tuve una corazonada al ver la computadora; la mitad estaba sobre su base y la otra mitad volteada. La puse en su lugar y la conecté, comenzó a ronronear hasta que se prendió la pantalla.

-¿Balladares estaba trabajando? -preguntó Francisco.

-O buscando la dirección de Erik. Entonces saqué el disquete y me fui al local del Centro de Estudiantes, pero no pude leer todas las informaciones que contiene, tomaría horas revisar eso y con toda seguridad se necesitarían las claves de acceso. Lo llevaré al periódico.

-Dicho en otras palabras, ¿no encontraste nada? -dijo Josefina, extrañada.

-¡Ah, no! -exclamó Isabel-. Se trata de una serie de textos de referencia que

Balladares guardaba celosamente, anotando sus comentarios al final de cada uno. Es muy confuso, miren.

Abrió su portafolios y sacó tres hojas impresas, tres páginas sobre las cuales se precipitaron tres cabezas interrogantes. Todos devoraron las palabras.

"0271
REPRO PJ

Ahora sabemos cómo fabricar nuevos animales. Cruzando ciertas sustancias extraídas de embriones pertenecientes a diversas especies, se pueden obtener quiméricas y extraordinarias criaturas. Dichas bestias existen en un número limitado, sin embargo todo lleva a pensar que se crearán muchas más en los años que vienen. Se puede especular razonablemente sobre la aparición de una *gallinaperico*, que llamará a su amo tan pronto haya puesto sus huevos.

(Peter Jamieson, Fabricación humana: una nueva realidad)

(¡Interesante!)"

"8044
IRI JB

Son numerosos los que se oponen a tales prácticas; ordenar la fabricación de un hijo constituye un acto que no ha sido aún socialmente aceptado, siendo más bien considerado como un acto contra natura, que se debería prohibir para siempre.

Sin embargo, estos procedimientos, emprendidos por muchas parejas, poseen la ventaja de eliminar los riesgos de las enfermedades hereditarias, como la hemofilia o el defecto poco común, pero sí muy grave, que ataca a niños cuyos ojos están desprovistos de iris. Los gobiernos que legislarán sobre las nuevas técnicas de reproducción deberán tomar en cuenta estos datos antes de adoptar su decisión.

(James Baker, La revolución del nacimiento) (Consultar con Baker.)"

"7893
JUM JW

En materia de fecundación artificial, se progresa rápidamente. En este contexto, los médicos australianos del Queen Victoria

Hospital, en Melbourne, lograron, por primera vez, hacer nacer a dos gemelos, con seis meses de intervalo.

Uno de los objetivos de tal experimentación podría ser el de estudiar las diferencias conductuales existentes entre los gemelos que, en rigor, son genéticamente idénticos, pero quizá serán diferentes cuando hayan crecido.

Dicho de otra manera, esto podría conducir a una interesante investigación sobre los aspectos innatos y los adquiridos.

Una vez más, surge el problema de cómo determinar los límites de estos experimentos. A condición de no ser demasiado meticuloso en cuanto al problema ético, todos los escenarios imaginables pueden ser posibles.

(John Wright, El expreso a Melbourne)

(Llamar a Marcos a Melbourne.)"

-Tienes razón, es muy turbio todo esto -comentó Josefina, alejando las hojas de ella-. Parece ciencia ficción.

-En todo caso, eso no explica por qué Balladares empujó al conserje por la ventana del cuarto piso -dijo Francisco, echando una ojeada al reloj de la pared.

-Tal vez el resto del disquete nos lo muestre -respondió Isabel, preparándose con premura para partir.

-Si ustedes aceptan mi humilde opinión -dijo Hugo-, un tipo que mezcla las gallinas con los pericos es un enfermo; nada tiene de raro entonces que haya tirado al barrendero por la ventana.

Francisco continuaba mirando impaciente el reloj, pensativo, preguntándose a qué hora comenzarían las visitas en el hospital del Sagrado Corazón.

CAPÍTULO 6
El diario de Josefina

Ya muy tarde esa noche, sentada en su cama, Josefina tenía mucho que escribir en su diario:

¡Qué día tan abrumador y turbulento!

Empezando por mis horas de trabajo, demasiadas, tal vez; ni siquiera puedo dormirme, estoy demasiado cansada... Ocho horas cortando verduras en el restaurante y seis sirviendo helados en la nevería.

Felizmente, sólo serán algunos días de trabajar de esta manera, es decir, como una trastornada. Hugo (¡es todo un energúmeno!) deberá entrevistar a dos candidatos mañana, espero que alguno de ellos pueda reemplazar definitivamente a Cigoto.

Al menos habré aprendido algo: hasta ahora ignoraba que los chefs no miden nada. Yo me los imaginaba como los de la televisión, que no hablan sino en mililitros y gramos. Pues, nada de eso se ve en una verdadera cocina, todo se hace calculando aproximativamente, sirviéndose del olfato y las papilas gustativas; lo que no significa que se hace al azar, nada de eso. Es más que nada la experiencia, la experiencia de los sentidos.

Tengo la impresión de que Francisco se irá por ese camino, trabaja con pasión y método; es muy concienzudo, perfeccionista incluso. A veces me sorprende.

Pensándolo bien, la cocina es algo no muy distante de la química, dejando de lado los mililitros, por supuesto. Bueno, si él no llega a ser cocinero, ¡de todos modos será un marido fenomenal!

Y hablando de Francisco, fue a ver a Cigoto y se diría que se tomó realmente en serio la suerte de ese muchacho. Está inquieto, tiene el presentimiento de que están haciendo experimentos con Cigoto.

Cuando Isabel volvió del Primera Plana con el disquete, nos contó que para realizar varios descubrimientos médicos, miles de animales morían inútilmente y que centenares de seres humanos eran explotados. Y esto,

por la feroz competencia que existe entre los investigadores, que luchan unos contra otros en vez de compartir sus conocimientos.

El científico que resulta vencedor en la prueba obtiene mucho prestigio y fondos del gobierno, y aventaja a los otros en la carrera hacia un probable premio Nobel, pero mientras avanza, deja enfermo a más de uno.

Incluso existen voluntarios que se prestan para esos experimentos, gente que a menudo se encuentra desprovista de medios y que consiente en sufrir cualquier estrago en su salud con tal de ganar un poco de dinero. Vivimos en un mundo a veces incomprensible. Los pobres se enferman para que sea posible encontrar tratamientos especiales que serán luego administrados a la gente rica en las clínicas privadas. Es como una rueda que gira ciegamente, siempre en un mismo sentido, aplastando en todo momento a las mismas piedrecillas.

Y mientras tanto, la televisión narcotizando al pueblo: cebándolo con tontos juegos, adormeciéndolo con telenovelas, sin ofrecer algo para soñar, algo para vivir. Alimentación visual de la estupidez.

Todo esto para decir que fue un verdadero circo lo que ocurrió en el hospital. Francisco debió hacer cola en tres ventanillas diferentes para poder enterarse de que Cigoto estaba en Oftalmología. Evidentemente, Francisco se extravió en el camino, pero pudo llegar al lugar indicado, en donde tampoco le dieron mayor información: el paciente Erik Villarroel dormía; se le había administrado una dosis de calmantes luego de una crisis nerviosa. Su estancia en el hospital fue prolongada por cuarenta y ocho horas, sin que ninguna visita fuera autorizada salvo para los miembros de su familia.

Francisco se fue a la cafetería del hospital, en donde dejó pasar una media hora, el tiempo necesario para burlar la vigilancia, pero cuando regresó al piso de Oftalmología, le dijeron que Cigoto continuaba durmiendo y que bajo ninguna excusa podía molestársele.

Francisco le dejó un mensaje para que nos llamase cuando despertara, pero no llamó en todo el día. Francisco debía regresar por la noche al hospital y hacerse pasar por hermano de Cigoto; esperaba que el cambio de turno del personal le permitiera eludir el control y llegar hasta él, pero aún no he tenido noticias de su plan.

Siento mucha incertidumbre con respecto a Cigoto; me resultó asombroso lo revelado por Francisco, que el muchacho se interesaba en mí. No sé qué hacer con esta revelación. Me gusta mucho defender causas, luchar por ellas, pero esto...

Por lo general no vacilo si hay que comprometerse, probablemente porque soy yo quien lo decide. El año pasado, por ejemplo, hubo un debate sobre el aborto en la prepa y salté al ring como un perro sobre su hueso. Nada podía detenerme, con los discursos, las pancartas y todo lo demás. Pero nadie me lo había pedido, y ahí está toda la diferencia. Como cuando se trató de la defensa del costo de las matrículas; me puse en huelga de hambre a la entrada del plantel (bueno, tampoco exageremos), para hacer comprender nuestras razones a las autoridades... Pero ahí, tampoco, nadie me lo había pedido, y milité hasta el final.

En cambio, Cigoto... En cierta forma es él quien me llama y eso es lo que me molesta. Me gustaría mucho ayudarlo, pero en la medida en que yo elijo la manera y la intensidad. No sé exactamente lo que siento por él y tengo miedo de dejarme llevar a un juego del que no conozco las reglas.

El amor no debería ser un combate que se establece para dar placer o para sanar a alguien. Y si fuera eso...

Es la primera vez que me siento tan presionada, no acostumbro dejarme llevar, abandonarme -¡ésa es la palabra!-, así, gratuitamente... Es verdad que no anda bien el Cigoto ese, pero, ¿qué puedo hacer yo?

De cualquier modo, podría sonreírle, hablarle y hacer que hable. A menudo, a la gente le gusta ser escuchada. Si él necesita un par de oídos atentos, bien podrían ser los míos; ¡pero más vale prevenirle que es la única donación de órganos a la que voy a consentir por ahora!

De esa manera no habrá ilusiones, ni promesas. ¿Pero si, precisamente, fueran ilusiones lo que necesita? Ay, ¡cómo se complica la vida cuando una empieza a pensar!

Anoto una última noticia de este día turbulento antes de irme a dormir, pues una agencia de investigadores privados se comunicó con Primera Plana al saber que Luis

Balladares había sido arrestado, y dijeron tener información sobre él. Isabel está asignada al caso y es ella quien deberá ir a recoger al agente mañana al aeropuerto. ¡La muy suertuda!

Y hablando de Balladares, me pregunto qué habrá sido de él; desde su arresto nadie ha tenido noticias suyas. ¿Quién habría dicho que un hombre aparentemente tan suave fuera un asesino? Es algo que no me cabe en la cabeza, es demasiado absurdo; algo no cuadra bien en todo esto.

Acaba de llamar Francisco, completamente desesperado, dice que Cigoto ya no está en el hospital, que se escapó... ¡Ay, Dios!

CAPÍTULO 7
El hombre de Villazul

Ese mismo día, en el sexto piso de un edificio del centro, en la ciudad de Villazul, una mujer experimentaba también toda una gama de emociones.

Clara Gutiérrez, instalada en su escritorio, leía por tercera vez el reporte sobre la explosión de una nave espacial. Todos los astronautas habían perecido y el mismísimo presidente había ordenado una investigación "independiente de las manipulaciones del Instituto del Espacio". La Agencia de Investigaciones Villazul, en la que Clara fungía como directora desde hacía cinco años, había recibido el expediente.

Esa misma tarde, ella debía presentar ante el Senado el informe preparado por su equipo. El documento abarcaba muchas páginas de texto, cuadros y gráficas. Las causas de la catástrofe habían sido determinadas y los responsables perfectamente identificados.

«Va a ser todo un choque para los elegantiosos funcionarios», pensó mientras cerraba el documento. Varias personas habían actuado con absoluta negligencia, desde la base hasta la cima de la pirámide jerárquica. Iban a rodar cabezas, incluso entre los altos funcionarios del Instituto del Espacio. Imaginaba el escándalo que se armaría cuando la sobresaltó el timbre del interfono.

-Le dije que no me molestaran, señor Galindo -le recordó seca y tajantemente a su secretario.

-Discúlpeme, señorita Gutiérrez dijo el secretario, con voz titubeante-. El señor Fernández está aquí y dice haber logrado nuevos hallazgos.

La directora frunció el ceño, inquieta. Conocía muy bien las argucias de Fernández para poder entrar a la oficina de ella.

-Hágalo pasar -dijo finalmente, con tono firme-. «Esto me hará distraerme un

poco», agregó para sí misma, como convenciéndose de haber tomado una buena decisión en día tan fatigoso.

El alto y delgado Alex Fernández entró a la oficina; lucía cómodamente su treintena de años. Avanzó por el despacho y, contrariamente a su costumbre, no esperó a que su jefa lo invitara a tomar asiento. Se dejó caer sobre un sofá de piel negra y lanzó un ahogado "Buenos días, Clara".

-Buenos días, Fernández, por lo visto todavía no ha podido encontrar una corbata -dijo la directora, con un tono entre resignado y complaciente.

-Tengo algo nuevo -murmuró.

El tono confidencial de su investigador puso en tensión a la mujer.

-¿Qué es lo que hay de nuevo, Fernández? ¿Se decidió de repente a trabajar en serio? ¿No pretenderá hacerme modificar el reporte, verdad?

-Me temo que sí, señorita.

Clara Gutiérrez sintió cómo se le iba formando un gran nudo en el estómago, pero decidió mantener la calma y escuchar a Fernández antes de ceder al pánico. Depositó lentamente su pluma sobre los papeles y apoyó los codos en el escritorio, sosteniendo su mentón con los pulgares.

-Lo escucho, Fernández.

-Es acerca del caso Pascual, señorita.

La mujer saltó inmediatamente de su asiento, y como lo había previsto Fernández, mostrando la más viva cólera.

-¡Fernández! -gritó gesticulando detrás de su escritorio-. ¡Voy a despedirlo! ¡Esta vez ha ido muy lejos, es un desquiciado! Hemos estado trabajando día y noche durante meses sobre la explosión de la nave espacial... ¡Y usted me viene a hablar del condenado caso Pascual!

-Señorita Gutiérrez...

-¡Ya basta, Fernández! El asunto Pascual está terminado, lo cerramos hace un año. ¡Terminado! ¿Me entiende usted, Fernández? Hemos arriesgado nuestro prestigio en esta investigación; ya es demasiado, sin contar los contratos que nos retiró el gobierno. Si vuelve a meter las manos en ese asunto, lo pagará muy caro, Fernández, y le prohíbo terminantemente hacerlo en nombre de la Agencia de Investigaciones Villazul. ¿Está claro?

-Sí, señorita -dijo el hombre, resignado.

* * *

En 1985, Albertina Pascual trabajaba como investigadora científica en una fábrica de tratamiento de plutonio, en la capital de la república; la fábrica se llamaba Tecnologías Atómicas S.A. de C.V.

Había sido testigo de varias irregularidades técnicas en cuanto a la seguridad de la planta por parte de la compañía, e incluso creía estar contaminada ella misma por el plutonio. Entonces, Albertina Pascual decidió revelar la situación a un reportero de un importante periódico, pero cuando se dirigía a la cita, el 24 de julio, sufrió un accidente automovilístico que resultó fatal.

La familia de la víctima se querelló contra Tecnologías Atómicas ante los tribunales de justicia. Después de un primer proceso, el cual finalmente declaró a la empresa responsable de la muerte de su empleada, se entabló otro, para investigar las fugas de plutonio en la fábrica.

Justo antes del proceso, hubo un arreglo oficioso y la compañía pagó el equivalente de 1 380 000 dólares a los hijos de Albertina Pascual, a cambio de que ellos renunciaran a toda querella judicial. El caso se cerró, sin que se hubiera esclarecido cabalmente ese sombrío asunto.

* * *

Clara Gutiérrez dio una última vuelta alrededor de su escritorio y se sentó.

-En resumidas cuentas, Fernández, si no tiene nada nuevo sobre la explosión de la nave espacial, puede usted salir de mi oficina; debo revisar un informe.

Aún sacudido por la tormenta que le había caído encima, el hombre levantó la cabeza lentamente. Su semblante expresaba una profunda reflexión bajo los rubios rizos.

-Tengo información muy importante que comunicarle, señorita Gutiérrez -dijo calmadamente.

-Quiero escuchar lo que tiene que decirme, Fernández, pero más le vale que no me provoque...

-Anteayer encontraron nada más y nada menos que un arcón de la nave.

Clara Gutiérrez abrió sus ojos al máximo.

-¿Un arcón de la nave? Fernández, si usted está bromeando...

-Hablo en serio, señorita; lo localizaron en el Atlántico, a tres kilómetros de la costa y se trata del que contenía las probetas.

La mujer estaba aturdida y le costaba creer lo que le estaba diciendo quien, a pesar de las divergencias, era su mejor investigador.

-El arcón está en el aeropuerto -prosiguió Fernández- y llegará a nuestros laboratorios dentro de algunas horas. Ya recibí, por fax, la lista de lo que contiene.

-Usted no pierde el tiempo cuando se mete en algo, Fernández.

-Eso no es todo, señorita.

-¿Se acuerda usted de Juan Villarroel, el médico que realizó experimentos con su hijo?

-Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con la nave espacial?

Y al hacer la pregunta, Clara Gutiérrez estableció al mismo tiempo la relación, prosiguiendo su reflexión en voz alta.

-El arcón de las probetas... ¿Villarroel tuvo algo que ver en eso? Explíquese, por favor, Fernández.

-Usted lo acaba de decir, Clara; efectivamente, Villarroel colocó embriones en la nave.

Buscaba por todos los medios una explicación para la enfermedad de su hijo y habrá querido estudiar los efectos de la ingravidez sobre ciertos especímenes. Evidentemente le falló su plan... y por partida doble.

-¿Por qué por partida doble?

-Porque mis informantes me pusieron al tanto de que acaban de arrestarlo. Está en Monteverde; hace seis meses que vive allí con una falsa identidad, portando el nombre de Luis Balladares.

-¿Y cuál fue el motivo por el que lo detuvieron? -preguntó la directora, viendo cómo se diluía su informe.

-Por homicidio -precisó el investigador, bajando el tono.

-¿Mató a su hijo?

-No, a un empleado de la preparatoria en la cual había logrado ser contratado como profesor.

-Todo esto es demasiado tenebroso, Fernández, debería ir a investigar.

-Reservé mi billete de avión esta mañana, señorita.

-Usted no deja de sorprenderme, Fernández, parece que estuviera dormido en un rincón y de repente, ¡pumm!, saca un conejo del sombrero... Pero dígame, esas probetas, esos embriones, ¿de qué se trata exactamente? Usted me habló de una lista, ¿la trae consigo?

-Sí -respondió, buscando algo en su portafolios-. Villarroel tiene muchos contactos y ha logrado obtener muestras de óvulos de todas partes; incluso habría fecundado algunos con sus propios espermatozoides.

Hubo un breve silencio.

- Es realmente diabólico -profirió la mujer, quedamente.

-Si estuviéramos en su lugar, Clara, tal vez haríamos lo mismo, de tener los medios -dijo el hombre, extendiéndole dos hojas.

-¿Usted iría hasta ese extremo?

-No lo sé, pero cuando pienso en mi hijo, creo que tal vez estaría dispuesto a llegar muy lejos si él estuviera padeciendo como sucede con el suyo.

La directora tomó las hojas y comenzó a leerlas. En la primera de ellas, había una columna numerada del uno al cincuenta; frente a cada una de ellas había una fecha e iniciales, correspondientes a nombres identificados en la segunda hoja.

Al leer esa segunda página, Clara Gutiérrez se llevó una nueva sorpresa, pero el asombro pudo más que la rabia.

-Fer... Fernández, ¿estoy leyendo bien? -preguntó en voz baja.

-Está usted leyendo bien, señorita.

Frente a sus ojos estaba claramente escrito, en el renglón número doce de ambas páginas: A.P./ Albertina Pascual.

Completamente atónita, Clara dejó caer su pluma sobre las hojas.

-¿Está seguro de la autenticidad de estos documentos, Fernández?

-Sí -suspiró el hombre, feliz de haber sido escuchado al fin-. Comprobé la autenticidad. Albertina Pascual había sufrido todo tipo de exámenes con el objetivo de probar que estaba contaminada por materias radiactivas; incluso consintió en que le extrajeran una muestra de óvulos, los que fueron conservados en nitrógeno junto con una multitud de otros especímenes. Pero todo desapareció después de que fue cerrado el expediente, el año pasado.

-Podrían haber destruido esos especímenes...

-Justamente al momento de hacerlo, se dieron cuenta de que habían sido robados.

-¿Por Villarroel?

-Todo parece indicar que sí, pero tendremos más detalles en los próximos días. Mañana tengo cita con una reportera y ahora, si usted me lo permite, debo retirarme -agregó, levantándose de la silla.

-Vaya, Fernández; está haciendo un excelente trabajo y lamento mucho haberme excedido de tal forma hace un momento. Mi informe esperará, por supuesto, hasta tener los nuevos datos.

-Sabía que usted terminaría por entender mis razones, señorita.

-No lo hemos visto muy seguido por aquí -dijo la directora, en un tono más cordial-. ¿No habrá estado enfermo, verdad, Fernández?

-Me tomé algunos días para llevar a mi hijo a pescar -confesó el hombre,

dirigiéndose lentamente a la puerta de la oficina, como para evitar una discusión sobre su manera de emplear el tiempo.

-¿A pescar? -inquirió su jefa, bastante sorprendida.

Confundida en un primer momento, juzgó luego razonable que su investigador preferido pudiera tomarse unos días de reposo de cuando en cuando.

-¿Y cómo estuvo la pesca?

-No tan mala -respondió él desde la puerta-, ¡agarramos un arcón! -dijo, sonriendo con malicia.

Clara Gutiérrez se dejó caer en el sillón, nuevamente asombrada por el ingenio de aquel joven y experimentado investigador. Un instante después, al salir de sus cavilaciones, la directora escribió en la parte baja de su agenda, que había quedado abierta: "Aumentar el salario a Fernández".

CAPÍTULO 8
El lobo y la noche

Francisco supo de la desaparición de Cigoto apenas llegó al hospital. El paciente Erik Villarroel se había escapado durante el servicio de la cena.

Aprovechando el trajín ocasionado por la distribución de los platos a las habitaciones, Cigoto recuperó sus pertenencias, se vistió en los baños y se escabulló tranquilamente, sin que nadie se percatara.

Se dieron cuenta de su ausencia media hora más tarde, cuando pasaron a recoger los platos de la cena. Sobre su cama, no había más que un ejemplar de Primera Plana, abierto en la página número diez.

Francisco emprendió la búsqueda de Cigoto inmediatamente. Montado en su bicicleta, recorrió meticulosamente las calles del barrio; fue incluso a la delegación, pero la visita resultó igualmente infructuosa. Mas había resuelto no perder la calma.

Cuando ya le escaseaba inspiración para continuar indagando, decidió tomar un camión hasta el centro de la ciudad. Sabía que Cigoto iba, en ocasiones, a un cine en donde exhibían películas de autor. Francisco suponía lo inútil de su gestión, pero tenía otra idea en la cabeza... la de pasar a buscar a Isabel al diario, al final de su jornada de trabajo.

Tan pronto como llegó al cine, pensó en regresar, pues la violenta película que estaba en cartelera no correspondía en absoluto a los gustos de Cigoto. Pero se dio cuenta de lo absurdo de su razonamiento, porque si el muchacho hubiera querido esconderse, poco le habría importado la película que se proyectaba. Y ya que estaba ahí, no le quedaba más que entrar.

-Busco a un amigo -le dijo a la muchacha de la taquilla-. ¿Puedo echar una mirada a la sala?

-Por lo menos una vez por semana llega alguien con ese cuento -respondió, molesta, la muchacha-. Tienes que pagar, como todo el mundo.

-¿No habrás visto a un muchacho bastante delgado? Lleva unos anteojos oscuros y una chamarra de piel...

-Mira, muchachito, han entrado al menos ocho tipos como la cosa que tú describes.

Francisco se resignó y extendió un billete a la inflexible cajera, quien le entregó un boleto y el cambio.

-Si salgo en cinco minutos, ¿me devolverás el dinero? -preguntó Francisco.

-Digamos que sí... si me pones unos ojitos lindos... -agregó ella, súbitamente conciliadora y sonriente.

Francisco enrojeció; no esperaba semejante réplica de parte de la jovencita que hacía un momento era tan severa. Algo confundido, dio media vuelta y se dirigió a la sala rápidamente. Apenas entró, la luz proyectada en la pantalla lo deslumbró y lo agredieron los gritos que proferían los espectadores. Algunas escenas le hicieron comprender, al primer vistazo, por qué la película era reservada para mayores de 18 años. Un tanto sacudido, se instaló en el fondo del cine hasta acostumbrarse a la penumbra y a la tensa atmósfera que reinaba.

Poco a poco, las sombras de la treintena de espectadores se transformaron en siluetas mejor definidas. Francisco pudo entonces eliminar a unos veinticinco espectadores, cuyo ancho de espaldas no correspondía para nada con las dimensiones de su amigo.

Resolvió bajar por el corredor central hasta la primera fila. Esperó una imagen que proyectara bastante luz sobre las butacas y, llegado el momento, avanzó lentamente hacia el fondo de la sala.

La primera mitad del recorrido se saldó negativamente, logrando sólo indisponer a dos muchachas que lo tomaron por un vagabundo. De regreso por el pasillo, Francisco se demoraba escrutando los rostros más alejados, la luz los hacía ahora más perceptibles. Sin embargo, no vio nada que justificara incursionar entre las filas de butacas.

A medio camino, decidió abandonar el lugar, antes de incitar al acomodador a expulsarlo de la sala. Fue en ese preciso momento cuando una voz lo interpeló.

-¿Andas buscando a tu novia aquí, Lavanderos?

Sobrecogido, Francisco se detuvo en seco.

Algunos espectadores estallaron en risotadas; otros lanzaron estridentes "siéntate, siéntate". Francisco se agachó y se deslizó hasta la ronca voz que había reconocido. Era Federico, un estudiante de la preparatoria San Agustín, que no desperdiciaba ni una sola ocasión para divertirse a expensas de los otros. Francisco le explicó brevemente la situación, pero no le sirvió de mucho; el muchacho no paraba de bromear, como si nada tuviera importancia.

Rápidamente decepcionado, Francisco se escabulló por el pasillo lateral y desapareció en el vestíbulo. Se detuvo frente a la taquilla y vio todas las luces apagadas; no había nadie. Miró alrededor, intrigado; un empleado lustraba el mostrador en la penumbra. «Ojitos lindos... Ojitos lindos te voy a hacer, querida, la próxima vez», gruñó al salir.

Su último pensamiento lo llevó a Cigoto; aquel Cigoto que nunca pondría ojitos lindos a nadie. Luego pensó en Isabel, con quien se iría a encontrar ahora.

«¿Estás buscando a tu novia, Lavanderos?» se repetía interiormente; las palabras erraban en su cabeza. «¿Estás buscando a tu novia...?» La idea hizo un lento recorrido y, de repente, se impuso la evidencia.

-Josefina! -exclamó, deteniéndose en medio de la banqueta. Un transeúnte que lo seguía de cerca tropezó con él accidentalmente. «Me había olvidado de ella», repitió para sí mismo. «A esta hora debe estar en su casa; ahí debe estar él.»

Francisco se desvió hacia la derecha y caminó a lo largo de los aparadores;

levantó la mirada al cielo, como para asegurarse de haber visto una estrella, el destello, una brizna de solución posible. Se iba la aflicción y una delgada llovizna comenzaba a caer.

* * *

Francisco no se equivocaba. Casi a la medianoche, Cigoto llegó a casa de Josefina y, agazapado detrás de un árbol del jardín, vio a la jovencita colgar el teléfono, escribir algunas líneas en un cuaderno y apagar la luz.

Seguía lloviendo, ahora más abundantemente; a lo lejos, espectaculares relámpagos desgarraban la oscuridad, se aproximaba la tormenta. Había que hacerlo rápido; dentro de poco, seguramente Josefina se levantaría y cerraría la ventana; ya no podría entrar. Cigoto sentía las gotas deslizarse por su frente, su nariz, sus mejillas. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, ¿sería el miedo? ¿El frío? ¿El amor?... O tal vez los tres juntos.

Lo atormentaba una duda: ¿qué iba a ocasionar su irrupción? Entrar a ese cuarto como un ladrón era exponerse a lo peor: gritos, la policía, de nuevo el hospital y tal vez un altercado del que muy probablemente no podría salir más que perdiendo.

Se apartó de la inmensa encina y se dirigió, apenas divisando los obstáculos, hacia la casa; tropezó con una piedra y, tratando de recuperar el equilibrio, metió bruscamente el pie en un charco de agua. Con los zapatos completamente empapados y llenos de lodo, se pegó al muro, justo a un costado de la ventana de Josefina.

Para evitar un escándalo, decidió no entrar abruptamente y sin aviso; mejor tocaría antes de hacerlo.

-Josefina... Josefina... -susurraba a través del mosquitero metálico de la ventana, rascándolo con las uñas al mismo tiempo. La muchacha, medio dormida, escuchó el ruido proveniente de la ventana y, creyendo que era el viento, decidió levantarse a cerrarla. Cigoto no la vio venir y se dispuso a continuar raspando la rejilla, precisamente cuando ella estuvo frente a él. Josefina dio un brinco que la hizo retroceder un metro, aterrorizada; abrió la boca, aprestándose a dar un grito lo suficientemente fuerte como para alertar a todo el vecindario.

-Espera, espera... soy yo -dijo Cigoto, tan asustado como ella. Josefina contuvo la respiración la exacta fracción de segundo necesaria para evitar el drama.

-Pe... Pe... Pero, ¿qué estás haciendo aquí? -preguntó, temblorosa aún.

-Déjame entrar -imploró él-, tengo que hablarte.

Ella levantó el mosquitero sin vacilar y lo ayudó a pasar a través de la estrecha abertura; encendió una lamparita de cabecera y se sentó en la cama.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó de nuevo-. Parece que te están buscando; Francisco acaba de llamar y dice que te escapaste del hospital.

-Es cierto que me escapé -respondió Cigoto, tiritando.

La noche era realmente fría.

Josefina le dio una cobija para que se abrigara y él se sentó en la silla que estaba en un rincón sombrío del cuarto. De su cabello caían gotas de agua.

-Espera un poco -dijo Josefina- enseguida vuelvo.

Reapareció con una toalla que puso sobre la cabeza del muchacho. Cigoto, con las manos bajo la cobija, permanecía inmóvil.

-¿Me quieres secar el pelo? -le preguntó, entre escalofríos.

Josefina no supo qué responder y el humor resultó la mejor puerta de escape.

-Te pareces a la madre Teresa de Calcuta, ataviado así -dijo ella sonriendo.

-Tengo la impresión de parecérmele en varios aspectos -contestó Cigoto, divertido.

Vacilante, Josefina tomó la toalla y frotó vigorosamente los tiesos cabellos. El veloz movimiento hacía resplandecer su cuerpo bajo el camisón de dormir. Cigoto trataba de adivinar las formas que imaginaba moverse bajo la fina tela. Josefina sospechó el examen, como si el silencio de Cigoto escondiera una intención y puso rápidamente fin al tratamiento, dejándole la toalla sobre la cabeza.

-¿Así está bien? -le preguntó, metiéndose nuevamente en la cama. Cigoto sacudió la cabeza para hacer caer la toalla y murmuró un sí repleto de gratitud.

-Debo pedirte disculpas -prosiguió-. Perdóname por haberte asustado hace un momento... Me escapé del hospital, es verdad; mi padre no llegaba, había sido detenido, ¿lo sabías?

-No...

-Balladares, Luis Balladares, el profe... ¿No leíste el periódico?

-¿Es tu padre? -exclamó Josefina, estupefacta e hilando ideas.

Recordando, ella se veía sentada en el restaurante Hugo's y haciendo comentarios sobre el físico de aquel hombre. Jamás habría pensado que él, tan joven, podía tener un hijo de la edad de Cigoto.

El muchacho se sacó la cobija, recogió la toalla y retiró sus anteojos para limpiarlos, al tiempo que emprendía el relato de su vida: su extraño nacimiento, la inexplicable muerte de su madre, los incontables tratamientos y los dudosos experimentos que realizaban con él... Y esta última intervención, que acababa de fracasar.

Josefina lo escuchaba atentamente, sin interrumpirlo en ningún momento. No se había equivocado: él necesitaba hablar y, sobre todo, ser escuchado.

Lo que la sorprendía de toda esta historia era la presión que ejercían sobre él; lo acosaban hasta el punto de convertirlo en una víctima. Se empecinaban en solucionar un problema creando otros por docenas.

Josefina advirtió, además, que Cigoto se había quitado los anteojos cuando empezaba a hablar y que no se los había vuelto a poner. ¿Se sentía resguardado en la oscuridad del rincón? ¿O era, más bien, el sentimiento de saberse aceptado tal como era, al menos por una vez? La segunda hipótesis le pareció hermosa.

-¿Entonces, tu desmayo en el restaurante fue un simulacro? -preguntó Josefina, cuando él terminó de hablar.

-Sí, mi padre me trajo una píldora a la cocina, cuyo efecto fue casi inmediato.

-Pero yo creía que había ido a ver a Hugo -dijo, extrañada, Josefina.

-Él actúa de esa manera, siempre procede así: entabla amistad con la gente y eso le abre las puertas... La puerta de la cocina permitió, como ves, pasarme la píldora en el momento preciso.

-Y luego llamó a la ambulancia -agregó Josefina, recordando al hombre que colgaba el auricular del teléfono público.

-Exactamente... Y cuando lo vi entrar de nuevo al restaurante, supe que podía tragarme el comprimido.

Josefina estiró el brazo hasta el anaquel en donde había dejado el pequeño frasco que encontró en la bolsa del delantal de Cigoto.

-¿De dónde sacaste eso? -le preguntó sorprendido.

-Del restaurante; yo te reemplacé.

Cigoto se alegró; ella había usado su delantal... Se sintió luego un tanto ridículo al

haberse emocionado por tan poca cosa, pero al mismo tiempo tuvo la impresión de estar más cerca de ella. ¿Y, después de todo, no estaba ahora ahí, solo con ella en su cuarto?

-¿Qué vas a hacer? -le preguntó Josefina.

-No... no lo sé. Quiero saber lo que pasó en la prepa, quiero ver a mi padre. El problema es que si voy yo, van a encerrarme a mí también; todo esto me fastidia y no tengo idea de lo que puedo hacer -suspiró, a modo de conclusión.

-Tu padre se ve muy, pero muy joven -acotó Josefina.

-Así... Así es como cubrimos nuestros gastos -dejó caer, enigmático, Cigoto.

-¿Qué quieres decir?

-Que no soy el único que sirve de conejillo de Indias. ¿Sabes? Hay muchas mujeres, en Santa Bárbara y en todas partes, que están dispuestas a pagar una fortuna por conservar la apariencia de sus veinte años... Pues mi padre fabrica productos a partir de tejidos...

Y no terminó la frase, temiendo ir demasiado lejos en sus confidencias, pero ya había hablado más de lo suficiente.

-¿De tejidos... humanos? preguntó Josefina con aprensión.

Cigoto movió la cabeza afirmativamente y confesó enseguida que su padre era objeto de una orden judicial de arresto, nada menos que por tráfico de fetos.

Algunas clínicas de aborto proveían a Juan Villarroel de fetos (¡otra vez por medio de contactos!); en ellas tenía amigos que le pasaban jóvenes y frescos cadáveres en forma ilegal. Luego, en los laboratorios, extraía las sustancias necesarias para la fabricación de pomadas regenerativas.

-Prueba siempre en él mismo los productos antes de venderlos -aseguró Cigoto, como queriendo atenuar la falta de su padre-. Obviamente es muy buen negocio; la gente tiene tanto miedo a envejecer que ha hecho de la vejez una enfermedad. Entonces, si tú ofreces un remedio milagroso, te lo comprarán a cualquier precio. Hay cada vez más gente que se embarca en ese tren de la vanidad, tanta que pronto faltarán vagones.

-Hablas como un libro -le hizo notar Josefina-, un libro de cuentos, de ésos para darle miedo a los niñitos.

-Más bien como una libreta de banco, porque también tenemos muchos gastos; nuestros viajes cuestan mucho, los honorarios de los abogados son muy elevados. Y ahora me pregunto cómo Juan va a salir de este problema.

-¿Por qué matar al conserje? ¡Es una estupidez!

-Probablemente lo sorprendieron; estaba muy nervioso. Estaba preparando una operación muy delicada; quería insertarme un gen, injertándome núcleos tomados de células sanas.

-¡Macarrón... televisión... moscardón...! -profirió Josefina, con el mismo tono. -¿Perdón? -dijo Cigoto, absorto.

-No entiendo nada de lo que me estás diciendo -precisó-. Aún no he hecho mis estudios de doctorado, ¿sabes? -agregó en tono irónico.

-Yo podría ayudarte -sugirió Cigoto, avanzando hasta el borde de la silla.

Josefina no respondió enseguida; lo miró algunos segundos y debió reconocer que la emocionaba un tanto con su aire de niño abandonado.

-Dime una cosa, ¿cómo supiste que yo vivía aquí?

-Fui a la nevería hace un rato, inventé una urgencia y tu jefa me dio la dirección.

-Yo habría pensado que te refugiarías en casa de Francisco.

-Lo busqué por todas partes, ¿sabes dónde encontrarlo?

-Sí, está en casa de Isabel. Voy a llamarlos; tal vez ellos podrán ayudarnos.

Cigoto sonrió... Sin darse cuenta, Josefina había dicho ayudarnos.

CAPÍTULO 9
Los Villarroel, padre e hijo

La fría voz repitió el mensaje en inglés y dio paso a una música insípida, de esa que acostumbran poner en los aeropuertos.

"Al pasajero Alex Fernández, se le solicita en el módulo de Informaciones... Al pasajero Alex Fernández..."

El lugar estaba repleto de vacacionistas que hacían cola en la ventanilla, tropezando con las maletas o tratando de alcanzar a sus hijos, que corrían en todas direcciones. Los viajeros ofrecían un cómico espectáculo; daba la impresión de estar en un mercado o en un bazar. Isabel y el taxi que la transportaba aterrizaron en medio de ese alboroto. Por error, se había dirigido a la sección Salidas y tuvo que atravesar toda esa marea humana, hasta encontrar finalmente la escalera que conducía a la sección Llegadas.

Este percance, sumado al retraso por la congestión vehicular, no le permitió llegar a tiempo para recibir a Alex Fernández quien, sin estar molesto por la tardanza, esperaba sentado en la cafetería del aeropuerto, hojeando tranquilamente los diarios de la ciudad, mirando cada página y leyendo rápidamente los titulares, sin dejar de estar a la expectativa de Isabel.

Al fin encontró lo que buscaba: "Nuevos datos en el caso de la preparatoria San Agustín", y leyó la corta nota redactada por Isabel. Iba en la última línea, cuando escuchó su nombre por los altavoces. Se levantó y se fue al módulo de Informaciones.

Se sorprendió al ver a Isabel apoyada en el mostrador; había imaginado encontrarse con una mujer mayor, al menos por la impresión que le produjo el artículo que acababa de leer.

-Escribe usted muy bien, señorita. Soy Alex Fernández, mucho gusto.

-Isabel Pastenes... ¿Tuvo buen viaje?

-¡Excelente!

La conversación continuó en el mismo tono de cordialidad durante todo el trayecto hasta las oficinas de Primera Plana. Fernández aprovechó ese lapso para informar a Isabel sobre las complicaciones que tenía Juan Villarroel con la justicia. Mientras tanto, Isabel le comentó las últimas novedades, entre las cuales estaba la liberación bajo fianza del falso profesor Balladares.

-Hoy mismo -precisó ella.

-¿Y a cuánto se eleva el monto de la fianza? -preguntó Fernández.

-A trescientos mil pesos.

-Me parece razonable; en tales casos se debe tener la seguridad de que el individuo se presentará al proceso.

-Invocará el derecho a la acción en defensa propia -agregó la reportera-. Tratará de probar que fue atacado por el conserje.

-¿Quién es exactamente ese Rico Reyes del que usted habla en su artículo? ¿Hace

mucho tiempo que trabajaba en la preparatoria San Agustín?

-Era un empleado de planta, su situación es de lo más correcta; no tiene antecedentes penales.

- De todas formas llamaré a Villazul una vez que estemos en el periódico. ¿Dice usted que conoce al hijo de Villarroel?

-Sí, lo vi anoche. Se evadió del hospital en donde su padre debía operarlo. Pusieron un aviso de búsqueda que luego retiraron; lo convencimos de reportarse con el director de Protección juvenil.

-Ese joven debe estar muy afligido.

-Lo está... Desamparado, sería más exacto. Hoy, precisamente, debe encontrarse con su padre.

-Tanto mejor. Dígame una cosa, ¿usted cree que podría reunirme con ellos?

-Pienso que será posible, vamos a intentarlo, pero... ¿para qué exactamente?

-Para mi investigación, por supuesto. Villarroel había depositado material suyo en la nave espacial de la cual le hablé; todo lo relacionado con la explosión debe ser escrutado con lupa, me gustaría mucho interrogarlo.

-¿Esta tarde le parece bien? -propuso Isabel, para alegría de Alex.

-Me parece perfecto -dijo Fernández-. Así tendré tiempo de echar un vistazo al disquete que usted encontró en la oficina de Villarroel.

-A propósito de eso -agregó ella-, me di cuenta de un detalle interesante. Las listas que mostró a su jefa, en Villazul, aquéllas con nombres e iniciales...

-Sí...

-Creo que están en un archivo del disquete.

-Muy interesante, en efecto -comentó el investigador, como si estuviera a punto de descubrir la pieza faltante de un complicado rompecabezas.

El taxi se detuvo frente a la puerta de Primera Plana; los dos ocupantes descendieron del vehículo y caminaron a paso rápido hasta la entrada.

* * *

Poco antes de las cuatro de la tarde, Isabel y Alex llegaban al restaurante Hugo's. A esa hora de escasa afluencia, divisaron rápidamente a la pareja instalada en una mesa al fondo del comedor; Cigoto y su padre proseguían la intensa conversación que habían iniciado al mediodía.

Al aproximarse a la mesa, Fernández detuvo su atención en la fisonomía del científico, dándose cuenta de los mágicos efectos de los tratamientos que él mismo se administraba. Villarroel tenía el pelo negro y fino, los ojos muy azules y la piel tersa y levemente trigueña. No había ninguna arruga en ese rostro casi perfecto y sólo algunos pliegues a la altura del cuello traicionaban su cuarentena de años. «No. todo lo puede la ciencia», pensó el detective.

Fernández se fijó luego en Cigoto, a quien no había visto nunca, y le asombró enormemente el contraste que observaba entre ambos. Mientras el padre tenía un aspecto saludable, el hijo parecía débil en extremo. Flaco e inmóvil, el pálido muchacho daba la impresión de estar calmado, habitado por una silenciosa tranquilidad que Fernández asoció a la resignación. Después de las presentaciones de rigor, un incómodo silencio se instaló sobre el grupo. A Juan Villarroel no le causaba ningún placer entrevistarse con un agente de la Agencia de Investigaciones Villazul, v se le notaba. Estaba sentado con los brazos apoyados en el extremo de la mesa, con un

gesto altanero.

Cigoto, aconsejado por Isabel, fue quien convenció a su padre para que aceptara la reunión. Según la muchacha, Fernández podría, probablemente, evitar que su padre fuera a la cárcel.

Hugo distendió la atmósfera... muy a su pesar, como de costumbre. Aliviado al ver que su establecimiento comenzaba a marchar nuevamente sin problemas (había contratado a un nuevo empleado), el chef desbordaba de optimismo, mostrándose incluso más activo que lo habitual. Había llevado a la mesa un gran plato de botanas, acompañado con dos salsas de su invención.

Orgulloso, pero torpe, se abalanzó al comedor con la charola en la punta de los dedos. No había dado tres pasos cuando tropezó con una silla y quedó literalmente tendido en el piso. Al último momento, viendo que se caía, protegió los platos con su cuerpo, esperando salvar al menos una parte. Pero resultó peor: la salsa de mayonesa saltó, chorreándole grotescamente toda la cara.

Cuando levantó la cabeza, escuchó sin ver las risas del cuarteto que había acudido en su ayuda y se levantó gruñendo, con el orgullo cubierto de mayonesa. Lo ayudaron a encontrar el camino hasta los baños, desde donde se escuchó salir toda una sarta de improperios a toda voz.

Terminado el incidente, cada uno volvió a su silla haciendo comentarios sobre el singular personaje, y Fernández aprovechó para entablar la conversación.

-¿Cree que su hijo podrá volver pronto a trabajar, señor Villarroel? -preguntó.

El padre de Cigoto abrió la boca, sobrecogido, pero no pronunció ninguna palabra; sus vivos ojos se volvieron hacia su hijo y luego hacia Fernández. Manipulaba una servilleta de papel con la punta de los dedos, doblándola en todos sentidos. Sin duda alguna, la pregunta lo incomodaba.

-¿Usted tiene hijos, Fernández? -dijo finalmente.

-Sí, uno -respondió el otro.

-¿Y qué haría si estuviera en mi lugar, si mi caso fuera el suyo?

-No lo sé, Villarroel... Francamente no sé lo que haría. Lo inquietante es la forma como hace las cosas; todas las triquiñuelas que echa a andar para financiar sus investigaciones; las artimañas que elabora para introducirse en todas partes. ¿Se da cuenta a dónde lo está conduciendo todo eso? ¿Le ha preguntado a su hijo lo que piensa al respecto?

Cigoto escuchaba el sermón de Fernández, sentado al costado de su padre y sin decir ni media palabra. Le habría gustado también hablar de todo aquello, pero nunca se había atrevido. Juan Villarroel daba siempre la impresión de saber exactamente a dónde quería llegar, incluso si su hijo no osaba contradecir sus planes.

Cigoto estaba atrapado en un círculo vicioso, con el sentimiento de avanzar por una vía de sentido único; mientras más enfermo se sentía, más necesitaba a su padre; cuantimás éste lo trataba, más enfermo se sentía.

Juan Villarroel admitió que nunca le había preguntado acerca de lo que pensaba. Según él, no tenía por qué hacerlo.

-No quiero ensañarme con usted -repuso Fernández-. La factura que deberá pagar es ya demasiado alta. Sin embargo, deberá reconocer que matar una persona para curar a otra es, por decir lo menos, algo curioso, ¿verdad? Si lo condenaran a diez años de cárcel, ¿quién cuidaría a su muchacho? ¿Los abogados?

-Fui atacado y me defendí -profirió Villarroel, alzando el tono-. Lo demostraremos en el proceso.

-Entonces necesitará esto -dijo Fernández deslizando el disquete sobre la mesa.

-¿Qué es eso? -preguntó Villarroel.

-Usted lo sabe muy bien, son sus archivos; los que escudriñaba Rico Reyes cuando usted entró a su oficina -agregó Fernández, acentuando con toda intención cada una de sus palabras.

Villarroel lo miró sorprendido; la perspicacia de Fernández lo asombraba. Cigoto e Isabel miraban de igual manera al investigador, invitándolo a continuar.

-Y lo mató -agregó- porque...

-Porque lo sorprendí robando mi material -lo interrumpió Villarroel-. Se levantó y me saltó encima; yo me defendí -repitió exaltado.

-¿No le parece extraño, Villarroel? ¿Un conserje robando información de genética? -ironizó Fernández.

El padre de Cigoto bajó la mirada; debía reconocer que Fernández era más astuto que él y no le quedaba más que confesar. Todos los de la mesa escuchaban, mirando en suspenso los labios del biólogo.

-Yo... Yo no conocía al tal Rico Reyes -comenzó a decir-. ¿Sabe cómo funciona el espionaje industrial y científico, hasta dónde esa gente es capaz de llegar para tomar la delantera a una compañía que le hace competencia? Cuando vi al hombre tomando nota de mis descubrimientos, pensé enseguida que se trataba de uno de esos peligrosos ladrones.

-¿Y no era acaso uno de ésos? -preguntó Isabel.

-No sostuvimos una conversación muy larga -abundó Villarroel-. Cuando entré a mi oficina, él se levantó de mi escritorio y plegó la hoja en la que escribía; yo estaba furioso y lo conminé a entregarme el papel. El individuo rehusó hacerlo y me empujó, buscando la salida, pero lo retuve; le dije que se identificara, que me dijera para qué compañía trabajaba. Me respondió que para la preparatoria, única y exclusivamente trabajaba para la preparatoria.

-¿Y usted le creyó? -preguntó lentamente Fernández.

-Sí y no -prosiguió Villarroel-. Estaba muy apresurado, sabía que Erik me esperaba en el hospital y que debía llegar allá con todo el material. Si el plantel investigaba por medio del tal Reyes, una simple llamada al personal de seguridad habría bastado para impedirme salir y con ello todo fracasaría.

-¿Qué pasó después?

-Trató nuevamente de escapar, empujándome con mucha fuerza contra la puerta; logré maniatarlo y lo conduje hacia el escritorio; sacó su radio y lo hizo funcionar, pero le salté encima y se lo arrebaté de las manos. Nos liamos a golpes y al esquivar uno de mis puñetazos fue retrocediendo hasta tropezar con una caja de libros y, dando una voltereta, cayó al vacío.

Villarroel se calló, soltó la servilleta de papel que había desmenuzado mientras hablaba y se dejó caer contra el respaldo de la silla, como después de un esfuerzo.

Fernández lo miraba, pensando que aquel hombre no tenía el aspecto de un asesino; era más bien un exaltado, un apasionado genio sumido en la inquietud. Tal vez fuese recuperable para la concordia humana.

-Tecnologías Atómicas -pronunció tranquilamente el investigador-. ¿Eso, por casualidad, le recuerda algo?

Villarroel se hizo el desentendido.

-¿Y Albertina Pascual... tampoco le dice nada su nombre? -insistió Fernández.

-¿A dónde quiere llegar? -preguntó el hombre, perdiendo la paciencia.

-A lo siguiente, Villarroel: Rico Reyes trabajaba efectivamente para la preparatoria, es verdad, pero algunas semanas después que usted llegara a la ciudad, fue reclutado como espía por Tecnologías Atómicas; su misión era encontrar el rastro de los óvulos de Albertina Pascual, que usted había robado e instalado en la nave espacial.

El científico levantó la cabeza, como para protestar, pero Fernández no se lo permitió y siguió hablando.

-¿Se da cuenta de lo que pasaría, Villarroel, si un día se probara que los óvulos estaban contaminados por el plutonio? ¿Se imagina usted el estupor que crearía en los medios científicos y políticos? ¿Se imagina la reacción de la familia Pascual? Se reabriría el proceso y Tecnologías Atómicas quedaría al desnudo. Si usted no lo hubiera matado, él podría haberlo hecho, Villarroel.

El padre de Cigoto se quedó mudo. Hacía varios meses que había olvidado el fallido experimento con los óvulos que ahora salía a la superficie de los acontecimientos.

-Si entiendo bien, Fernández, usted admite que me encontraba en una situación de legítima defensa -dijo el científico, un tanto aliviado.

-No tan rápido, mi amigo. Lo que digo es que yo podría ir a los tribunales y contar todo lo que sé de este asunto.

-¿Podría?...

-Estaría dispuesto a presentarme, una vez que usted se haya puesto de acuerdo con Erik para terminar con los experimentos -dijo fríamente el agente.

El investigador genético no esperaba semejante ultimátum; avanzó colocando los codos sobre la mesa, estupefacto, con la mirada puesta en el vacío, a punto de titubear.

Viendo aquello, Fernández aprovechó para insistir enfáticamente.

-Mire a su hijo, Villarroel -recalcó en tono acusador-, mírelo un poco. Usted sabe, como yo, que la medicina convencional podría mejorar su estado de salud considerablemente, pero prefiere empecinarse en la búsqueda de soluciones mágicas, sin ningún resultado. Me da la impresión de que usted se divierte haciéndolo.

Alrededor de la mesa nadie se movía, nadie hablaba.

-Hasta ahora -agregó Fernández-, no ha logrado más que desprestigiar su profesión y debilitar el cuerpo y el espíritu de este muchacho; aquí el verdadero enfermo es usted, Villarroel.

Cigoto, que no había pronunciado ni la más mínima palabra, bajó la vista, como aprobando todo lo que acababa de escuchar.

-¿Tú también piensas que eso es cierto? -le preguntó su padre.

Cigoto, que ya no aguantaba más, se tomó la cabeza con ambas manos v estalló en sollozos. Ahora, apoyado en la mesa, lloraba desconsolado, como si quisiera ahogar en llanto su desgracia.

Esta lamentable escena se había desarrollado muchas veces en los consultorios de varios psicólogos; sin embargo, el padre de

Cigoto nunca había sido testigo y ni siquiera estaba enterado. Los profesionales absorbían los golpes y conducían rápidamente a Cigoto por el camino correcto.

Según fuera necesario, otros medicamentos se sumaban a la lista de los que ya consumía normalmente.

Fernández hizo una señal a Isabel y ambos se dirigieron discretamente a la salida.

-Es a ellos a quienes corresponde arreglar esto ahora -dijo el hombre, aunque parecía poco convencido.

-¿Cree que lo lograrán? -preguntó Isabel al detective, una vez que ambos se encontraron en la calle.

-Lo ignoro -respondió él, mirando distraídamente a los transeúntes que regresaban a sus casas después del trabajo-. El problema de ese joven no es tan simple -agregó pensativo-, se trata de una cuestión de humanidad... Evidentemente -dijo luego en otro tono-, si una linda morena como la que viene ahí lograra infiltrarse en su vida, eso facilitaría mucho las cosas.

Cuando la linda morena llegó hasta ellos, para gran sorpresa de Fernández, la jovencita se detuvo frente a Isabel. Era nada menos que Josefina.

La recién llegada saludó a su amiga.

-Hablábamos justamente de ti -le dijo enseguida Isabel, antes de presentarle al investigador...

CAPÍTULO 10
La montaña rusa de la vida

Durante los días que siguieron apenas vieron a Juan Villarroel; estaba ocupadísimo preparando su defensa y pasaba casi todo el tiempo en compañía de sus abogados. Muy temprano en la mañana, el hombre salía de su casa e iba a discutir con ellos en un hotel del centro de la ciudad.

Juntos elaborarían las tácticas para convencer al juez, buscaban personas que se pudieran presentar como testigos de la buena conducta del acusado, a la vez que consultaban las leyes relativas al caso.

El grupo iba regularmente a las audiencias de la Corte Suprema, para familiarizarse con los procesos vigentes. Las sesiones de trabajo se prolongaban hasta altas horas de la noche y cuando Juan Villarroel regresaba a su casa, rara vez encontraba a Cigoto; cuando ocasionalmente ocurría, sólo compartían una rápida merienda o un breve paseo por las calles del vecindario.

En esos cortos instantes de intimidad, su padre hablaba mucho sobre sus nuevos tormentos y su deseo de volver cuanto antes a Santa Bárbara, para iniciar una nueva vida.

Iniciar, nueva vida: palabras que terminaron por obsesionar a Cigoto. ¿Iniciar qué? ¿Cómo? Juan Villarroel no lo sabía, no todavía. Antes, debía arreglar su asunto en Monteverde.

Con el tiempo, Cigoto también dejó de ver a sus amigos. Ya no frecuentaba el restaurante Hugo's y Francisco no logró, más que en una sola oportunidad, hablar con él por teléfono. El muchacho le había hecho saber vagos propósitos, palabras llenas de confusión y Francisco llegó a suponer un abuso en los medicamentos.

Según Isabel, debían sin embargo permanecer al margen, dejando a Cigoto todo el espacio necesario para replantearse la relación con su padre. Decía que correspondía también a Cigoto la decisión de volver hacia quienes le tendían la mano, por no decir el corazón. Alex Fernández se inclinaba también por esa actitud y decía que, después de todo, buscaba siempre la manera de provocar un resultado.

Pues sucedió que, una tarde al salir del restaurante, Francisco decidió ir a hablar con Josefina, cuando, a medio camino, la divisó sumamente atareada en la nevería. Se

detuvo un momento en medio de la banqueta, vaciló, respiró profundamente y decidió ir antes a ver a Isabel.

-¿Quieres una exclusiva sonada para tu periódico?

-¡Te vas a casar! -exclamó inmediatamente Isabel.

-No... No exactamente. Inténtalo de nuevo, a ver si aciertas.

-Me doy por vencida -dijo ella.

-Grrrrrmmm... -gruñó Francisco.

La acostó en el sillón, la abrazó fogosamente y se quedó así por algunos minutos, besándole con ternura las mejillas, la nariz y los labios.

-¿Y la exclusiva? -murmuró Isabel.

-Vi a Cigoto -dijo él.

-¡Con Josefina!

Isabel sonrió como si aquello la hubiera tranquilizado, o como si le hubiera llegado la confirmación de un acontecimiento que deseaba ver realizado.

-¿Dónde? -preguntó ella.

-En la nevería; tenía puesto un delantal y un lindo sombrerito -agregó, burlón-. Él llenaba los barquillos y se los pasaba a Josefina, que los sumergía en la olla del chocolate... Parecían perfectamente sincronizados...

-No te burles -dijo suavemente Isabel-. Deja que tenga una oportunidad.

-No me estoy burlando. Solamente lo encuentro gracioso; inesperado, digamos.

-A mí no me sorprende -repuso Isabel-. Esta tarde hablé con Josefina y me di cuenta de que algo le pasaba; incluso, yo también tengo una exclusiva.

-¿Y puedo darme por vencido también? -preguntó Francisco, apoyando su mentón en el antebrazo.

-Tranquilízate, bandido, y escúchame.

-Te escucho.

-Creo que mañana van a ir a Fantasilandia, a los juegos mecánicos.-¿A Fantasilandia? ¿Hablas en serio?

-Josefina me dijo que irían, que es un buen lugar para llevar a las personas que necesitan distracción. Yo tuve la impresión de que se estaba yendo por las ramas, pero... En fin, mañana lo sabremos.

-¿Vas a ir con ellos?

-Claro que no, pero quedamos de encontrarnos en el restaurante Hugo's; vamos a comer los tres juntos. Entonces, ¿te parece interesante mi exclusiva?

-Eh... ¡Sí! Como noticia es toda una revelación.

-¿Vas a hacernos algún menú especial?

-Voy a tratar -dijo Francisco, aún pensativo-. Tengo algunas ideas, voy a tomar todo lo afrodisíaco que haya en la cocina y ¡les voy a preparar un guisado del infierno!

-¡Loco de remate! -sentenció ella, pasándole la mano por el pelo. Tratando de zafarse de él, agregó:

-Hablando de infierno, me estoy muriendo de calor con usted como cobija, señor.

-Su loco de remate debe irse precisamente ahora, señora. Trabaja mañana muy temprano -dijo Francisco, levantándose.

Recogió su mochila y se dirigió a paso lento hacia la puerta.

-¿Ya te vas a ir?... ¿Y mi masaje? -dijo Isabel, casi implorando.

-Esta noche no, querida, me duele la cabeza -ironizó Francisco, al mismo tiempo que se desabotonaba la camisa.

* * *

Al día siguiente, en la noche, Cigoto y Josefina esperaban el último camión que pasaba por su calle, recurso postrero para sus doloridos pies. Habían tenido una jornada demoledora; se habían atolondrado con bulliciosas maniobras, habían consumido mil y una golosinas, devorado las delicias de un aprendiz de cocinero y habían caminado ya tiempo suficiente como para caer pesadamente, sin aliento, en la primera banca que se les presentara.

-Ya no me queda más voz -murmuró Cigoto-, nunca había gritado tanto.

-Hace mucho bien gritar, libera las tensiones -dijo Josefina.

-¿Tú gritas a menudo?

-Cuando de veras lo necesito... No me gusta guardarme las emociones. ¡Eso tuerce las orejas, hombre!

Cigoto estiró el índice y retiró el cabello de Josefina, descubriendo su oreja izquierda.

-Tienes razón -dijo, riendo burlonamente-, las tienes achatadas.

-Ríete si quieres -replicó ella-, pero vas a ver.

-¿Qué voy a ver?

-Cuál de los dos será capaz de hacer una carrera en silla de ruedas por los pasillos del asilo de ancianos, ¡donde terminaremos por encontrarnos algún día!

-Eres... directa.

-¿Para qué irse por las ramas? Yo vivo aferrada a mis emociones, grito, lloro, aúllo... No espero estar en un juego mecánico para poder hacerlo. Y cuando estoy contenta, manifiesto mi placer con la misma fuerza, con la misma intensidad.

-La montaña rusa de la vida...

-Exacto, con picos tan altos como los del Himalaya y abismos tan profundos como los del Gran Cañón, pero sigo siempre bien agarrada de mi silla.

-¿Y no te sientes, a veces, un poco ahogada en esa silla?

-Sí, a veces me pasa. En los libros llaman a esto "vivir intensamente"; dicen que eso prolonga la existencia. ¿Sabías que las mujeres viven más tiempo que los hombres?

-Algo he oído hablar, pero en el ambiente en que vives -agregó Cigoto-, eso debe causarte problemas.

-Al contrario, cuando la gente sabe lo que piensas, se adapta. Por supuesto que si crees siempre tener la razón, los conflictos explotan, pero, incluso en ese caso, el conflicto es preferible a la ausencia de relación; como dice el refrán: "Donde hay timidez, no hay diversión" -agregó, soltando una gran carcajada.

Con esa risa loca y compartida terminó la conversación. Extenuados y con la garganta irritada por los condimentos de Francisco, no tenían siquiera la energía suficiente para construir frases completas.

Poco después, el fresco de la noche se lanzó contra la tibieza del día y el pequeño parque solitario tuvo el aspecto de una isla desierta, invadida por la bruma.

Josefina ya ni pensaba; Cigoto soñaba todavía, con los ojos cerrados, imaginándose en un velero con Josefina, enfrentando con audacia las marejadas del Pacífico. Ella maniobrando con él, bronceándose a su lado, sumergiéndose en su océano y, al final de la jornada, apenas vestidos, regresando al puerto con la noche ya instalada con todos sus astros y ellos, aún embriagados de sol, abrazándose tiernamente.

La imagen desapareció y otra vino a reemplazarla. Cigoto se veía ahora explicando a su padre las repugnantes pesadillas que lo invadían durante la noche, cuando dormía; le hablaba también de esos endemoniados acúfenos que lo abrumaban últimamente... Su oreja derecha zumbaba día y noche. En el sueño, Cigoto se expresaba con aplomo, era convincente y se le escuchaba.

Un codazo bien colocado lo hizo incorporarse inmediatamente. Cigoto abrió los ojos e intentó correr hasta la parada, pensando que el camión había llegado. Pero Josefina, sin moverse, miraba fascinada lo que ocurría frente a ella. Le mostró con el índice un punto lejano y Cigoto percibió también, sobre la línea del horizonte, la luminosa esfera que emergía de las tinieblas. "Hermana Luna...", susurró, palabras olvidadas de una lejana leyenda que venía de los meandros de su memoria vacilante.

Josefina subió a la banca, escondiendo sus manos en los bolsillos del pantalón; Cigoto la observó durante algunos segundos, divertido con el comportamiento repentino e infantil de ella, que parecía tan madura tres minutos antes. Y subió también, para contemplar junto a ella el imprevisto espectáculo.

Era una inmensa luna de julio, anaranjada como si la hubiesen calentado, redonda como un gong, deliciosa como el mismo goce. El astro subía lenta, majestuosamente. Josefina y Cigoto contemplaban su ascensión, entre dos edificios a lo lejos.

En un breve lapso, la luna llena había emergido completamente del horizonte y continuaba trazando bellamente su ruta en el cielo. Cada vez se parecía más a una enorme burbuja, a una abigarrada pelota que un niño habría abandonado en las estrellas.

Cigoto deslizó sus anteojos hasta la punta de la nariz y fijó nuevamente la vista en la luna, que seguía subiendo, perdiendo poco a poco su pantalla color ámbar. El muchacho sintió la mano de Josefina rozar la suya. Sus ojos se nublaron, vio dos lunas, luego tres y luego otras tantas.

-Ven -dijo ella-. Es hora de irnos, ahí viene el camión.

CAPÍTULO 11
El correo

Monteverde, 5 de octubre. ¡Qué tal, Cigoto! Ya hace dos meses que regresaste a tu gloriosa Santa Bárbara y no hemos recibido ni una letra, ni una llamada, absolutamente nada...

Pues sí, lo adivinaste, somos nosotros, tus amigos de Monteverde, pensamos escribirte todos juntos, esperando que te den ganas de imitarnos,

Pasó tan rápido el asunto del proceso; apenas tuvimos el tiempo de despedirnos. Además, es verdad que tu padre no tenía ni la menor intención de pasar el resto de sus días en esta ciudad.

En cuanto a nosotros, la pequeña rutina de siempre volvió a instalarse, regresamos a la prepa a mediados de septiembre y continúo inscrito en ciencias exactas; aparte de eso, voy a seguir un curso por las tardes, ¡en la Escuela de Hotelería! Si realmente me cautiva la cocina, voy a matricularme de tiempo completo el próximo año. No me desagradaría nada la idea de abrir, algún día, mi propio restaurante. Ya veremos. Josefina dice que me iría muy bien. Josefina... ¿Te acuerdas? ¿No? Haz un esfuerzo (te hago enrojecer, ja).

¡Ah, lo olvidaba! Hugo te manda saludos: "Dile bon giorno a nuestro Cigoto, Francesco" -gritó al verme escribiéndote- (estoy todavía en el restaurante, trabajo los fines de semana). Hugo siempre igual, la semana pasada incendió la cocina haciendo una fritanga; por poco se quema el restaurante completo.

Para qué decirte el espectáculo que ofreció a la clientela. Al principio del incendio vertió una caja completa de sal (en vez de bicarbonato de sodio) sobre las llamas que, evidentemente, no lograba controlar. Se lanzó sobre el extinguidor, que por supuesto no sabía cómo utilizar y se le cayó sobre la estufa, tirándola al piso. El fuego se extendió al piso y él saltó sobre el mostrador, cogió la manguera del fondo del fregadero y comenzó a rociar a diestra y siniestra; como no veía nada a causa del humo, lanzaba el chorro a todas partes, menos al lugar correcto.

Felizmente, en ese momento llegaron los bomberos y pudieron limitar las pérdidas; pero nosotros tuvimos que hacer todo un trabajo. Para mí, el restaurante Hugo's es el mejor laboratorio para aprender todo aquello que no se debe hacer; lo que se debe hacer ya lo aprenderé... Exagero, es cierto, después de todo Hugo es un buen chef, digamos solamente que es más sutil en sus sazones que en sus acciones. Además, tú debes saberlo por tu propia experiencia.

Y hablando de condimentos, tengo una buena noticia: Isabel se mudará a mi departamento, no es muy grande, pero nos acomodaremos, ¿entiendes lo que quiero decir?

Después del verano que acaba de pasar y lo ajetreado que se anuncia el año que comienza, es la mejor solución para vernos más a menudo. Su diario ha copado casi completamente su vida, ella quería probarse y lo ha logrado, ahora tiene un puesto permanente en Primera Plana, al menos hasta fin de año; escribe un artículo por semana y seguramente trabajará también el verano próximo.

Yo quiero mucho a Isabel, es muy lista y emprendedora, pero al mismo tiempo es suave como un río en el otoño, aunque eso ocurre tarde, en la noche, cuando ha logrado vaciar su mente de todas las preocupaciones.

Viviendo juntos, todo será más fácil... Bueno, eso espero. Ya me ha puesto al tanto de algunos pequeños proyectos de redecoración que me dejan perplejo.

Sin embargo, estoy ansioso; como ansioso estoy por saber cómo te va. ¡Despabílate y respóndenos!

Un abrazo,

Francisco.

(Ahora le paso la pluma a Isabel, que viene entrando. Sólo dame el tiempo de darle un abrazo, ya viene.)

* * *

¡Querido Cigoto de mi corazón!

No está mal, como entrada, ¿verdad? Si te digo esto es por lo mucho que te debo (ya hablaré de esto).

Ante todo, me gustaría hacer una precisión a la carta de Francisco: su departamento no es una habitación normal, más bien parece un campo de batalla; un campo de batalla después de una guerra... ¡de una terrible y larga guerra!

La cocina no está tan mal, es lo que podía suponerse. El cuarto tampoco está del todo mal, todavía quedan pedazos del piso en varias partes; la sábana floreada que reemplazó a las cortinas sufrió un ataque de envejecimiento: ¡hasta una florida sábana

a la larga se marchita!

Pero la sala... ¡Si vieras la sala! De hecho, podríamos llamarle a eso la bodega, pues todo lo que no está en las otras estancias se encuentra ahí: la bicicleta, el sillón, sillas plásticas, televisión, herramientas, escobillones ¡y agrega todo lo que se te ocurra! ¡Para encontrar el teléfono debo esperar a que suene!

Lo mejor sería mudarnos a un departamento más amplio; dos modestos salarios deberían alcanzar. Pero, esta historia continuará en el próximo número.

Lo que realmente quiero decirte -aunque sé que parece algo cómico- es GRACIAS, por el verano terrible que me hiciste pasar. Tal vez tú ni te diste cuenta, pero tuve que correr kilómetros y kilómetros para seguirte el rastro y aprendí mucho de mi oficio gracias a ti. Nunca había hecho un reportaje sobre una cuestión determinada al mismo tiempo en que la acción se desarrollaba; algo así como la televisión en directo. Es fácil hablar de un acontecimiento pasado, pero cuando la noticia va fabricándose frente a ti y tú debes rendir cuenta de ello, entonces ya es otro cantar.

Durante el proceso debía estar permanentemente atenta a todos los detalles, lo cual es algo desesperante, y no hay ocasión para cometer errores. Nunca había puesto los pies en la Corte Suprema; ni visto a los abogados portando sus togas; ni a la muchedumbre en las afueras; ni al jurado, alineado sobre sus pequeñas sillas rectas; ni a los omnipresentes guardias de seguridad... Es impresionante todo ese aparato. A veces pensaba que estaba en el teatro, por la tramoya que se movía a mi alrededor.

Para mí, una muerte era una muerte, ahora sé que hay varios tipos, como las tostadas: homicidio involuntario (las normales); crimen pasional (las con chile y vinagre); con premeditación y alevosía (las recalentadas en la parrilla); negligencia criminal (las con catsup)... ¡Uf!

Según lo que me explicó Alex Fernández, tu padre puede considerarse afortunado al haber obtenido que sobreseyeran la causa. Felizmente, para ustedes dos, había testigos en su favor. Fernández es un buen tipo; si un día se ven en dificultades, creo que podrías llamarlo.

Lo que más me asombró en esta experiencia fue el lado espectacular de la ciencia. No había imaginado lo avanzadas que están las investigaciones, pues, si entiendo bien, todo lo que comemos y todo lo que tocamos es objeto de constantes experimentaciones. ¡Resulta fabuloso!

El periodista que supervisó mi trabajo en Primera Plana es especialista en cuestiones de ese tipo y no pasa una semana sin que llegue con algún nuevo descubrimiento.

Al parecer, en Francia hicieron andar un minitrén eléctrico, durante varias horas, con energía producida a partir de bacterias cultivadas en un vaso de agua. Pusieron una cucharada de azúcar en el vaso y... ¡chic-chac, chic-chac!... ¡Váaamonos! Es realmente alucinante, ¿verdad?

También me enteré de que una compañía logró hacer brotar álamos mutantes, cuyos códigos genéticos han sido modificados para que resistan a los herbicidas... ¡Podrían hacer eso mismo con las margaritas, para que el planeta estuviera todo el año bañado de sol!

La semana pasada, leí un artículo sobre la inseminación artificial; decía que un toro tenía 250 mil retoños... ¡Sin haber tocado una vaca en toda su vida! Una gran familia, pues. Pero, en cuanto al placer, cero.

Voy a quedarme aquí, Josefina acaba de llegar y también tiene cosas que decirte.

Vamos a dejarla sola, contigo.

Y bueno, pues tengo otro artículo que quiero que Francisco lea.

¿Quieres un dibujito? Qué lástima. Pensaba enviarte un retrato mío.

Pórtate bien, no te acuestes muy tarde y si sales ponte tu gorrita.

Con todo mi afecto,

Isabel.

* * *

¡Qué tal!

Ahora me toca a mí desordenarte un poco las ideas...

No te preocupes, no voy a regañarte. Yo sé que si no has dado señales de vida, es porque no has tenido ganas de hacerlo. Tu retorno no debe haber sido muy fácil; no se necesita una licenciatura en psicología para comprenderlo. Cuando te sientas preparado, hazlo.

Pienso a menudo en ti desde que te fuiste. No todos los días, pero regularmente; lo suficiente para extrañarte un poquito. Finalmente, la idea de Fernández no era tan mala y el hecho de que te vinieras a vivir a mi casa durante el proceso judicial me permitió conocerte un poco más.

El tal Fernández resultó muy despierto; vio que yo sentía bastante curiosidad y que, en cierta forma, me atraías. Probablemente se dio cuenta también de mi tendencia a cargar con la suerte del mundo sobre mis hombros.

Espero que no hayas encontrado muy entrometidos a mis padres; para ellos, su hijita única es una piedra preciosa, me cuidan como a una pollita, más aún si anda un gallito merodeando cerca.

Por mi parte, me gustó mucho albergarte; descubrí a alguien que se esconde, que se oculta sin motivo. Estás lleno de talento, Cigoto; tienes una enciclopedia completa en tu cabeza y hablas tres idiomas. Con todo ese bagaje, más de alguna muchacha de allá no podría resistir, si así lo quisieras.

Nos marcaste un poco a todos, ¿sabes? Alborotaste nuestras apacibles existencias, nuestra comodidad mental, como dice Francisco. Los problemas de la guerra, de las razas, de las religiones, son fáciles de arreglar sentados en la sala de la casa, pero cuando la guerra se instala en tu jardín, o tu hermana muere en el cuarto de al lado, ahí el video se detiene y el corazón quiere salirse del pecho.

Nos hiciste envejecer, mi Cigoto, por eso es que estamos atados a ti... Bueno, pues yo estoy atada a ti; me gustaría mucho volver a verte, como en mi sueño de anoche. Te lo cuento:

Iba caminando por una vereda en el campo; de cuando en cuando miraba atrás y cada vez el paisaje desaparecía por completo: ningún árbol, ninguna colina, ni siquiera el camino estaba ahí.

Caminé otros cientos de metros, me volteé de nuevo y otra vez todo se borraba. Luego de tres o cuatro desapariciones del entorno, decidí caminar ya sin volver atrás la mirada. Era grande la tentación de mirar, sólo por ver si el fenómeno se repetiría; era a la vez algo frustrante. A la larga, dejé de pensar en eso y continué caminando, sin jamás volver la vista.

Curiosamente, después de un tiempo, reapareció el paisaje que presencié al principio de mi paseo y, junto con él, todo lo que había visto desfilar ante mis ojos. Sólo habían cambiado algunos detalles: un pájaro de más, un árbol más verde, un tractor abandonado en un potrero...

Cuando desperté, estaba contenta. Y como viviste en casa por algunas semanas, sabes que eso es más bien raro.

Nunca he tomado cursos de interpretación de los sueños; deberían dar uno en la prepa, voy a proponerlo en la próxima asamblea de estudiantes, hablo en serio. Pero mientras espero ser especialista, pienso en dos interpretaciones. La primera es que aquel sueño es mi manera de ver la vida; la segunda, que nada se gana con mirar hacia atrás; para bien o para mal, todo es un eterno recomenzar.

La segunda es, para mí, la más importante; es el sentimiento que experimentaba en mi sueño: me sentía bien, muy relajada; estaba calmada, era capaz de esperar y, al final, me alegré enormemente cuando el paisaje regresó, casi intacto.

¡Eso es! Pero ya es bastante por hoy, ¡te dejo meditar mis profundas reflexiones! Aprovéchalas, me ocurren solamente una o dos veces al mes.

Para terminar (¡hay que terminar para poder recomenzar!), te deseo una felicidad inmensa, mi Cigoto, como la que vi en un cartel la semana pasada.

Se veía un plato vacío, en el cual no quedaban más que migajas; alguien lo había devorado por completo. En la parte inferior del cartel, había una frase tan sabrosa como los enormes barquillos de nieve que tanto te gustan: "La felicidad es como el caramelo de azúcar. ¡Cuando se quiere, se hace!"

Besos,

Josefina.

CAPÍTULO 12
Desde allá

Santa Bárbara, 17 de octubre. ¡Hola, Josefina! A principios de semana recibí tu extensa y hermosa carta. Me alegró mucho recibir noticias de todos ustedes, de ti sobre todo.

Desde que vi el sobre, supe que era tuya y me fui a sentar a la orilla del mar (tengo ahí un asiento reservado); las leí todas dos veces, lentamente, una frase por cada ola... ¡Me estoy volviendo poeta! Ya te contaré sobre esta novedad.

Me hizo mucho bien leerlas, porque aquí, contrariamente a lo que sucede en Monteverde, pasan muchas cosas y a menudo me siento agobiado, incluso rebasado por los acontecimientos.

Estoy en plena reconstrucción: mi físico, mi mente, la relación con mi padre, mis estudios -aunque los suspendí por un año, luego comprenderás por qué.

¿Cómo estoy de salud? Bastante bien, gracias. Mi padre dejó de tratarme y ahora estoy a cargo de un centro médico ordinario.

Antes de mandarme a Oftalmología, el médico decidió hacerme seguir un entrenamiento adaptado a mis capacidades. Según él, es más importante recobrar mis fuerzas antes que someterme a sesenta exámenes, y yo estoy totalmente de acuerdo con ese criterio del doctor.

Cada día doy un largo paseo por la orilla del mar, caminando a paso rápido; he progresado y me siento mejor; duermo mucho y como aun más. Tal vez no haré surfing el próximo verano, pero...

En resumidas cuentas, debería poder sobrevivir; digamos que soy cada vez más Erik y menos Cigoto.

En cuanto a mi padre, también ha cambiado mucho; se esfuerza en comprenderme y eso me basta. Hemos discutido extensamente después de los incidentes de Monteverde. No es fácil, ni para el uno ni para el otro; habíamos guardado mucho polvo bajo la alfombra y cuando la levantamos, era algo parecido a la sala de Francisco.

Además, le cayó encima otro veredicto en contra; su tráfico de fetos le significó una multa de cien mil pesos y una condena de seis meses de trabajos comunitarios forzados en... ¡el cunero de un hospital!

Forzosamente reflexiona sobre lo que le ha pasado y empieza a comprender que eso no podía durar para siempre, que hay límites para el engaño y la farsa, incluso si se trata de una causa justa, y la causa justa aquí soy yo, evidentemente. También hemos hablado de mi madre. Mi padre admitió que, probablemente, se había suicidado; siempre lo había negado por miedo a que yo también me suicidara, y tal vez tenía razón, porque en más de una ocasión lo pensé.

Ahora es diferente, yo tampoco miro el paisaje que hay detrás, para retomar la imagen de tu sueño; miro hacia adelante y deseo que mis visiones no sean solamente milagros. Como dicen ustedes: "Atravesaré el puente sólo cuando haya llegado al río", o, dicho de otra manera, todavía estoy revolviendo mi azúcar para el caramelo. Pero, aún me falta un ingrediente: el amor. Imagino que terminaré por encontrarlo; por el momento, me ocupo de mí, por eso no les escribí antes.

Josefina, siempre he hecho lo que los otros han querido que haga; mi padre y sus asistentes han pensado en mi lugar, han decidido por mí, sin que nunca protestara, sin que nunca alzara mi voz contra esas decisiones.

Este verano, en Monteverde, los acontecimientos rebasaron todo límite y llegué a sentir cómo subía la presión en mi olla interior. Pero nos encontramos, pues, y en unas cuantas semanas me enseñaste a lavar mis platos e intentar una nueva receta, a degustar calmadamente los ingredientes y a devorar la vida a grandes mordiscos. Es lo que conservo de ti, mejor que un souvenir, mejor que una fotografía que terminaría poniéndose amarilla.

Otra vez me dirás que hablo como un libro; no es nada raro porque, precisamente, estoy escribiendo uno en el que cuento mi corta vida, mis viajes y también mis angustias.

He escrito solamente dos capítulos, pero ya me siento mucho más aliviado; contar una historia, inventar, es a lo mejor mi manera de soltar el grito y una oportunidad para construir el mundo a mi manera; por ahora no sé muy bien cómo será, pero el futuro habrá de decirlo.

Mi padre quiere ayudarme, es mi investigador-consejero. En un momento creí que quería apoderarse de la redacción de mi libro (me he vuelto desconfiado), discutimos y prometió no inmiscuirse en mi trabajo; sólo me prepara fichas y yo las utilizo a mi gusto, no le pido mucho.

En algunos meses, cuando haya terminado, te enviaré el manuscrito, para que lo lean y me digan lo que piensan; lo ideal sería que vinieran a Santa Bárbara, con Hugo, en su magnífica camioneta. ¡Sería seguramente un viaje que no olvidarían jamás!

Bueno, te dejo con esta alocada sugerencia. Saluda calurosamente a Francisco e Isabel de mi parte, y también, ¿por qué no?, a Hugo. No dejes de escribirme.

Te quiere,

Erik Cigoto Villarroel

(En vías de revisión.)

P.D. Mi novela no es muy graciosa; mi vida tampoco, es verdad. Pero mientras más escribo, más cuenta me doy de que puedo transformar mi existencia y que, si tomo demasiado en serio esas desgracias, me enveneno, ése es el drama. Sin embargo, cuando miro las cosas en perspectiva y pienso fríamente en todo aquello, créeme que casi siento ganas de reírme.

Encontré una frase breve pero muy aguda que voy a colocar como epígrafe para expresar la idea anterior. La leí estando en Monteverde, en un libro cuyo autor dice haberla encontrado escrita en un papel escondido dentro de un bizcocho. Es ésta: "Life is a tragedy for those who feel; life is a comedy for those who think". Ahora te toca a ti el turno de la meditación.

P.D. Sin duda encontraste un saquito en el fondo del sobre. El polvo negro que contiene es lo que quedó de mis anteojos. Los hice añicos la semana pasada, ¡me aburrí de ver la vida en gris!

FIN